



El clon de Borges

Ricardo Burgos





El clon de Borges

Ricardo Burgos López

Ricardo Burgos
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798866352111
Depósito Legal: ZU2023000338

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*Esos que nunca serán imaginados o pensados y
que sin embargo son necesarios.*

1

Una mañana cualquiera, el profesor Antonio Saker llegó muy temprano a la oficina de la vetusta universidad donde laboraba y de inmediato comenzó las tutorías que tenía programadas con sus estudiantes. En ellas no ocurrió nada raro y más bien, como era habitual, asesoró a una mínima cantidad de alumnos competentes y se desesperó a raudales al percibir que toda su habilidad pedagógica era inútil para ayudar al vasto número de estudiantes incompetentes que jamás podrían superar sus limitaciones naturales (por supuesto, ese era uno de los hechos que un maestro —so pena de despido— no podría nunca expresar en voz alta). Como a las nueve y treinta de la mañana, uno de los chicos que debía asistir no apareció, y el profesor —una vez dio gracias a Dios por la inasistencia— salió a buscar un café. Cuando abrió la puerta y salió al pasillo, notó que un hombre alto, enjuto y de mirada intensa estaba sentado en una de las bancas adosadas a los muros. Antes de que Saker pudiera percibir algo más, el sujeto se levantó y le habló.

—¿Profesor Saker? —preguntó con una voz de barítono cansado.

— Sí, soy yo —respondió Saker.

— Mucho gusto —dijo el individuo extendiendo la mano—. Mi nombre es Abel Valero, soy el asistente del señor Miguel Ospino, supongo que lo conoce... Por un par de segundos, Saker no reconoció el nom-

bre que mencionaba el sujeto que estrechaba su mano, pero luego su memoria se aclaró: ¿Miguel Ospino no era ese fanático bizarro de Jorge Luis Borges del cual alguna vez había leído? ¡Sí, si era!

—Claro que sé quién es Miguel Ospino —repuso Saker con gesto extrañado— ¿en qué puedo servirle? —¿Me permitiría hablarle un momento? —solicitó el visitante.

Las tripas de Saker en realidad necesitaban el café que en ese instante salían a buscar, pero lo inusual de la escena le convenció de que sería más conveniente hacer que este Abel entrara en la oficina para charlar un rato con él.

—Siga por favor —exclamó Saker—, hablemos adentro. Abel Valero agradeció con una inclinación de cabeza la invitación del profesor, entró, se sentó, esperó que Saker cerrara la puerta y también se pusiera cómodo, y entonces habló.

—Profesor Saker —comenzó Valero— sé que usted es un hombre muy ocupado y por ello iré directo al grano. Vengo con el expreso propósito de hacerle una invitación de parte del señor Ospino, él desea que usted le visite.

Si en ese momento Saker hubiera podido mirarse al espejo, habría visto que en su rostro se dibujaba una expresión a medio camino entre el asombro y la curiosidad. De todos modos —reflexionó— esa invitación era algo que él había sentido que llegaría en cualquier momento, cualquier día ¿Por qué? Muy simple, porque él era una de las autoridades interna-

cionales en la vida y obra de Borges, y un fanático tan extremo como Ospino en algún momento acabaría comunicándose con él, así fuera tan sólo para pedirle que se tomaran un café y discutieran un rato sobre el enigmático autor de *El Aleph*. De Ospino —recordó Saker— se tejían muchas consejas. Se decía, por ejemplo, que en el mercado negro este hombre había pagado cifras considerables por objetos que en vida habían pertenecido al bardo argentino como bastones, corbatas, esferos o fotografías. Se decía también que Ospino había encarecido el mercado internacional de primeras ediciones de obras de Borges, pues por ejemplares de *Fervor de Buenos Aires* o *Inquisiciones*, este coleccionista había abonado sumas astronómicas. Se rumoraba —y todo hay que decirlo, esto sólo lo sostenían los enemigos de Ospino— que alguna vez la Interpol había descubierto un plan para profanar la tumba de Borges en Suiza, entre cuyos organizadores figuraba Ospino (aunque lo cierto es que nunca se pudo probar nada y era de aceptación general que tal complot no pasaba de ser una de tantas leyendas urbanas que la febril mente popular inventa día tras día). En fin. Mientras Saker escrutaba los profundos ojos de Valero, el profesor recordó también que algunos que le habían conocido, aseveraban que a este millonario colombiano le faltaban varias tuercas y tornillos en el cerebro y que Borges para él era una adicción. Así como el opiómano es esclavo del opio, el alcohólico del alcohol y el sexoadicto del sexo, Ospino no revelaba una sana admiración por

el mítico escritor bonaerense, sino una dependencia que rayaba en lo enfermizo.

— ¿Profesor Saker? —preguntó Valero.

— ¡Qué pena! —contestó Saker—. Me distraje pensando ¿Me decía usted que el señor Ospino desea que le visite?

— Exactamente. Él sabe que usted tiene una agenda muy apretada y por eso, tan sólo le pide que usted vaya a verle algún día que tenga libre. Sé que suena muy maleducado que él mismo no venga a verle, sino que le ruegue ir a verlo, pero créame que hay una muy buena razón para eso. Él se la dirá. Por supuesto, el día que usted pueda, el señor Ospino mandará un carro a buscarle y llevarle hasta su casa. Además, si es necesario pagar por sus honorarios, el señor Ospino los reconocerá gustoso.

Saker, como decíamos, tenía una sensación mezcla de asombro y extrañeza. Normalmente hubiera desdeñado la invitación de un personaje tan excéntrico como Ospino, pero en esta ocasión su acendrada curiosidad le impelía a encontrarse con el peregrino sujeto.

—No sé qué decir —comenzó Saker con tono dubitativo—. La verdad es que en los próximos dos meses y mientras finaliza el semestre, a duras penas tengo algún tiempo para tomarme un café. Vivo muy ocupado y sería irresponsable de mi parte decirle que tendré tiempo en una fecha próxima. Pero dígame ¿cuál es la razón por la cual el señor Ospino desea verme? ¿Puede decírmelo?

—Tiene que ver con Borges —replicó Valero en voz baja—.

—¿Pero qué cosa acerca de Borges? ¿Algo más concreto?

—Es todo lo que puedo decirle —musitó Valero—.

Sé —eso sí— que para el señor Ospino es crucial que usted le visite. Por favor, profesor Saker, ya sabemos que usted vive muy ocupado pero ¿quizá al final del semestre podría regalarnos un día? Insisto en que se le pagará, si usted lo pide.

—El dinero no es problema —ripostó Saker—. Es puramente una cuestión de tiempo. Para mí, perder un día es perder un año. No sabe cómo quisiera que los días tuvieran 40 o 50 horas en vez de 24. No obstante, no quiero ser descortés con su jefe. Dígale que a final de semestre me llame a mi teléfono y hablemos. Mire —dijo Saker mientras escribía el número de su celular en un papelito que extrajo de un bloc—, aquí está mi número.

Valero recibió el papel con el número telefónico y se retiró.

2

Un día, cuando el semestre escolar estaba finalizando, Saker se levantó, se bañó y se arregló. Esto del “arreglo” era un decir, pues el mismo Saker afirmaba que a los 45 años, calvo y con la mirada melancólica como su único patrimonio, “ya nadie tiene arreglo”. Pero bueno. Aquel día Saker trató de acomodar lo poco que aún era susceptible de acomodarse en alguien como él y ya se alistaba para abandonar su casa, cuando su celular repicó.

—¿Señor Saker?

—¿Sí?

—Habla con Abel Valero, el asistente del señor Miguel Ospino ¿Recuerda que usted nos pidió llamarlo por esta época, a ver si podía visitar al señor Ospino?

Saker recordó la visita meses atrás en su despacho de la universidad.

—Claro que lo recuerdo— contestó Saker—. ¿Todavía el señor Ospino desea entrevistarse conmigo?

—Sí profesor. ¿Cuándo tiene un día libre para que le enviemos el auto y el chofer a recogerlo?

—¿Y es imperioso que sea todo un día?

—Sí profesor. Pero no se preocupe, nosotros nos responsabilizamos de traerlo hasta acá y luego de llevarlo a su casa. Usted sólo nos dice el día y la hora en que esperará el carro.

—¿Dónde es la casa?

—Cerca a Villa de Leyva, a unas dos horas y media en auto desde Bogotá.

—¿Tan lejos? ¿Él no vive en Bogotá?

—Sí, pero por razones que le explicará, es necesario que la entrevista sea acá, en la hacienda.

Saker no se sentía tan curioso ni animoso como cuando Valero le había visitado hacía unos meses, pero pudo más su palabra empeñada.

—El próximo sábado tengo tiempo ¿Su chofer puede recogerme a las siete de la mañana?

—Por supuesto, profesor.

—Entonces apunte mi dirección...

—No es necesario profesor Saker, ya la tenemos.

—¿Cómo que ya la tienen? —preguntó molesto Saker— ¡Yo no se las he dado!

—Discúlpeme, profesor Saker. No es que nos estemos inmiscuyendo en su vida privada ni nada de eso. Lo que ocurre es que deseábamos estar listos. Nada más.

—¿Y cómo la consiguieron?

—Simplemente le preguntamos a algunos de sus alumnos, hasta que la conseguimos. De nuevo le pido que nos disculpe.

Saker se despidió de Valero, mientras se preguntaba por qué había algo en esa situación que le parecía anómalo, no sólo descortés.

3

El día sábado llegó y a las siete en punto de la mañana, un portero del conjunto residencial donde vivía, le avisó a Saker que frente a la entrada del lugar le aguardaba un auto. Saker salió y allí le recibió un envarado chofer que dijo venir de parte del señor Ospino. Aproximadamente dos horas y media después, Saker arribó a una hacienda cerca a Villa de Leyva, Valero le saludó, y le llevó hasta una casona con un gigantesco salón cuya decoración era de un barroco subido. Sentado en un sillón mullido, Saker tomó un par de jugos de mango que le ofreció un mayordomo, y entonces apareció Ospino. Saker tuvo que aceptar que el sujeto se veía más alto en persona, que en las fotos que de él había visto. Ospino era alargado, de cabellos blancos, sin sangre, cerca a los sesenta años. Había en sus maneras y en su gestualidad un adulto que no acababa de cuajar, una cierta inmadurez titilante.

—Profesor Saker —dijo en un tono involuntariamente juvenil— ¡Me alegra verlo!

—También a mí me alegra verlo Miguel.

Por un momento, una vez Ospino le agradeció a Saker la deferencia de haberlo visitado, anfitrión e invitado hablaron de temas banales: Del tiempo que tomó el viaje desde Bogotá, del estado de la carretera, de la extensión de la hacienda en que se encontraban, de algún cuadro colgado en alguna pared del lugar, de

alguna antigüedad en algún rincón. Finalmente, Ospino fue a lo que iba.

—Profesor Saker, he leído sus dos libros acerca de Borges. Sólo quiero decirle que parecen escritos por alemanes dado lo voluminosos y ultradetallados que son. ¿Cuánto tiempo le llevó hacerlos?

—Borges, parafraseando a Turner, diría que todos mis 45 años de vida —sonrió Saker—.

—¡Es cierto! —estuvo de acuerdo Ospino también con una sonrisa— ¡Tiene toda la razón! Son excelentes. De pronto les falta un poco más de maldad, de pensar mal del prójimo. La malicia a veces descubre verdades que al pensamiento políticamente correcto nunca se le ocurrirían.

—Reconozco que uno de mis defectos es que me cuesta pensar mal del prójimo.

—Pero bueno, profesor. Eso no importa. Es su experticia en Borges la que me ha convencido de traerlo hasta aquí. Creo que usted es una de las pocas personas en el mundo, que está en plena capacidad de apreciar lo que más adelante, si me lo permite, voy a mostrarle.

Saker guardó silencio y Ospino se dirigió a una pared donde había algunos estantes atiborrados de libros de todos los colores, tamaños y ediciones.

— ¿Usted conoce esto? —dijo Ospino mientras extraía un volumen grueso de lomo rojo y se lo entregaba a Saker. El título del libro era simple: *Cuentos sobre Borges*.

— Creo que alguna vez leí una reseña sobre esta compilación ¿Obviamente son cuentos, cierto?

— ¡Sí! ¡Son cuentos! A distintos escritores del mundo les pagué para que escribieran un relato donde Borges fuera uno de los personajes y luego, las veinte creaciones, las compilé en este texto. Incluso hay una narración que yo mismo escribí, y que se llama *El clon de Borges*. ¿Imagina de qué se trata?

Por un instante Saker sintió que estaba hablando con alguien que no estaba del todo en sus cabales, pero no lo dejó traslucir y tan sólo negó con la cabeza.

—No.

—Pero el título ya sugiere el asunto ¿no es cierto, profesor Saker? —sugirió Ospino con una sonrisa forzada. Saker guardó silencio.

—Trata — continuó Ospino en un tono un tanto pedantesco— de un hombre que logra clonar a Jorge Luis Borges. El sujeto se las ingenia para conseguir una copia exacta de Georgie y luego para criarla hasta que llega a ser una persona adulta. Por supuesto, cuando el clon de Borges alcanza la edad madura, comienza a escribir unos poemas, unos cuentos y unos ensayos absolutamente magistrales, que nunca se habían visto en el mundo. Algunas personas que conocen el experimento y que rodean al sujeto que clonó a Borges, le piden al clonador que dé a conocer a toda la humanidad esos textos magníficos e incomparables. Le insisten en que la literatura universal, al percatarse de esas obras, sufrirá una mutación tan drástica como la que significó para el mundo el conocer la obra del Borges original. El clonador de Borges se enfrenta entonces a un dilema: ¿Debe seguir los consejos de quienes le pi-

den que publique los libros del clon de Borges? ¿Debe desatender las sugerencias? Tras una dubitación que se lleva buena parte de la extensión del relato, el clonador de Borges decide que nunca dará a conocer la obra fastuosa y perfecta del clon de Borges, que se la guardará para disfrutarla él solo hasta su muerte. El mundo, entonces, jamás conocerá que una creación tan maravillosa y excepcional como la del Borges original, ya existe y está siendo leída (y será leída) tan sólo por un lector. De eso se trata.

Saker de nuevo sintió que no sabía qué decir. El argumento —como tal— era ingenioso. No obstante, no comprendía cuál era la relación entre ese relato y su visita a la hacienda ¿Ospino le había hecho venir para algo tan banal como compartirle un cuento más o menos ocurrente? ¡No, no era posible!

—Es ingenioso —empezó Saker—. Creo que a Borges, tan afecto a los argumentos rigurosos, no le hubiera desagradado.

—¡Eso mismo pensé yo! —coincidió Ospino con gesto complacido.

—Pero —objetó Saker— ¿qué ocurre en el cuento con esas personas que conocían al clon de Borges y cuyo consejo no fue escuchado? Sin haber leído el cuento, yo pensaría que esos personajes, aun sin el consentimiento del clonador de Borges, bien podían haber dado a conocer al mundo que un clon de Borges estaba produciendo unas obras tan extraordinarias y sublimes como las del Borges original ¿No cree?

—Es cierto —contestó Ospino—. Por esa razón, en el cuento esas personas desaparecen. El clonador, dado que no tiene otra alternativa para hacerles guardar silencio y así mantener el secreto, tiene que matarlas.

—¿Algo truculenta esa resolución del relato? ¿No le parece?

—Estoy de acuerdo, profesor. Esa parte de la narración es truculenta, pero es que, al escribirla, no se me ocurrió ninguna otra forma de hacer que quienes conocieran el secreto, no lo divulgaran — se lamentó Ospino.

—¿Me permite el libro? —pidió Saker extendiendo una mano. Ospino se lo entregó y Saker lo hojeó.

—¿Podría prestármelo? —solicitó Saker.

—Desde luego, profesor. Desafortunadamente sólo puedo prestárselo, no obsequiárselo, no tengo más ejemplares de esa edición.

Por unos instantes Saker sopesó el libro otra vez, miró algunas páginas, se sorprendió al leer algunas frases.

—Su cuento es curioso — dijo Saker—. Al escucharlo me suscitó una pregunta ¿Qué hubiera ocurrido si Jorge Luis Borges no hubiera existido? ¿Qué habría sucedido si la literatura española, occidental y universal se hubiera quedado sin conocer *El aleph*, *Ficciones*, *Historia universal de la infamia*, *El informe de Brodie*, *El libro de arena*, *El oro de los tigres*...? —en este punto a Saker se le deslizó una sonrisa—. Una de las primeras consecuencias de esa inexistencia sería que usted se habría quedado sin su ídolo y yo no hubiera escrito los dos libros que escribí sobre el personaje...

—De nuevo tiene razón, profesor —observó un Ospino que en su semblante expresaba una mueca divertida—. Mucha razón. Otra consecuencia es que yo nunca habría escrito *El clon de Borges* y que María Kodama hubiera debido extender sus garras sobre otra víctima... Se me ocurre también que la historia del mundo más o menos habría sido la misma que conocemos hoy, pero mucho menos entretenida...

La pareja de sujetos sonrió.

— Profesor Saker, ya no le haré perder más tiempo —interrumpió Ospino—. Iré al grano. Le he pedido que venga hoy, no para resumirle un cuento que usted no ha leído y que usted —bien lo sé— no dejará de considerar una mera extravagancia entre las tantas que se me atribuyen acerca de mi admiración por Borges. No. Antes de mostrarle lo que quiero mostrarle, quisiera que considerara por un momento la siguiente hipótesis: ¿Usted qué diría si el cuento de *El clon de Borges* fuera un hecho literal y no una mera ficción?

Aquí a los ojos de Saker se asomó el pasmo.

—¿Qué quiere usted decir? No le entiendo.

— Eso justamente, profesor ¿Cuál sería su opinión si alguien, alguna vez, ya hubiera clonado a Jorge Luis Borges? ¿Qué diría usted?

Por un momento, a Saker casi se le sale el corazón del pecho ¿Qué estaba sugiriendo este orate? ¿A qué

clase de disparate se estaba refiriendo? Eso que Ospino decía era un buen argumento de ciencia ficción, pero no un hecho real. “Definitivamente” —pensó Saker— “eran ciertas las consejas que se tejían acerca de Ospino, y este tipo está loco sin remedio”.

—Yo sé lo que usted está pensando —exclamó Ospino—. Créame que lo sé. En este momento usted piensa que deberían encerrarme en un hospital psiquiátrico o algo así. Piensa que no deberían permitir que tipos como yo, anden sueltos por la calle. Piensa que usted es una persona muy ocupada como para que le hagan perder el tiempo con ideas grotescas como la que le menciono.

—Leyó mi pensamiento— contestó Saker lacónico.

—Pues bien —repuso Ospino, quien otra vez había retornado al semblante divertido—. No dilapidaré el tiempo en vanas discusiones ¿Podría por favor seguirme?

Ospino se levantó del sillón en que estaba y, por entero extrañado, Saker le imitó y le siguió. En un momento la pareja abandonó la casona sin musitar palabra, y frente a la puerta de entrada abordó un auto con un chofer que les estaba esperando. Tras conducir a través de unas trochas polvorientas durante unos cinco minutos, el trío llegó frente a otra casona gigante con el típico corredor delantero de las viviendas de la región. Al descender del auto, Ospino ordenó al chofer que se marchara. Luego, Ospino golpeó a la puerta y casi de inmediato apareció un mayordomo. El sujeto —un individuo de rostro servil y apergaminado— les

condujo por un largo corredor hasta alcanzar un patio interior, luego por otro corredor, por otro patio interno, otro corredor, se detuvo ante una puerta de vieja madera, la abrió, dejó que Ospino y Saker ingresaran a lo que resultó ser una gran biblioteca y entonces, se retiró.

—¿Georgie? —preguntó Ospino adelantándose.

Y entonces ocurrió. De entre los anaqueles de la biblioteca, y ante el llamado de la voz inmadura de Ospino, apareció una figura que era idéntica a la de Jorge Luis Borges.

Al principio, Saker casi se desmaya. No podía creerlo. Frente a él tenía a Jorge Luis Borges (o al menos, la figura de Jorge Luis Borges) cuando éste andaba entre los cuarenta y los cincuenta años de edad. Por sus estudios sobre el escritor argentino, Saker había examinado cientos y miles de fotografías de Borges desde su infancia hasta poco antes de su muerte y, casi sin dudarlo, podía asegurar que el ser humano que ahora estaba observando tanto a Ospino como a él, era idéntico (al menos en lo físico) al Borges que ya andaba arriba de los cuarenta años. Era igual, demasiado igual, perversamente igual. En cierto momento Ospino le preguntó algo a este Georgie y cuando este Georgie contestó, Saker se sintió aterrado al escuchar que de esos labios brotaban palabras con la misma voz que Saker había escuchado tantas veces en grabaciones radiofónicas y televisivas del Borges original. Por alguna razón, Ospino estuvo luego preguntándole a este Borges acerca de varios asuntos, y mientras el millonario y el clon hablaban, Saker no pudo articular palabra, ni entendió nada de la conversación, tan sólo se limitó a mirar arrobado. El clon de Borges tenía los mismos rasgos que Saker recordaba del Borges original: la misma mirada entre dulce y fulminante, los mismos mofletes pronunciados y un tanto caídos, los mismos párpados grandes, el mismo cabello liso, la misma elegancia tímida al moverse, la misma apariencia de una

frágil fortaleza, los mismos modales finos. El clon de Borges —y no se entendía el porqué, sabiendo que sólo estaba en una casona en el campo— usaba vestido y corbata; asimismo, debía tener algún problema de audición, pues Saker advirtió que tendía a ladear la cabeza ligeramente hacia la derecha, como si escuchara mejor con la oreja de ese lado. Finalmente, Ospino dejó de tratar los asuntos que tenía pendientes con el clon y realizó una presentación.

—Georgie— exclamó con un tono presumido—. Éste señor es el profesor Saker, él es experto en ese Borges original del cual tanto hemos hablado.

—Mucho gusto —saludó el clon.

—El gusto es mío —respondió Saker.

Seguidamente, el trío se dedicó a conversar sobre lo divino y lo humano. En sólo un poco más de un par de horas que duró esta primera conversación, Saker quedó literalmente con la boca abierta. El clon de Borges no sólo era idéntico en lo físico al Borges original, sino que —igual que el poeta primigenio— daba la impresión de haberse leído todos los libros del planeta Tierra y sus alrededores. Saker quedó alelado con el agudo, pero dulce sentido del humor del clon, con su erudición inclasificable y portentosa, con el gozo infantil alrededor de ciertos autores, con la ironía serena de sus apreciaciones, con las sugerentes y elegantes blasfemias acerca de literatura, filosofía, arte, religión o teología. El clon era un conversador formidable y magnético, poseía ese carisma imposible de etiquetar de los genios. Saker estaba tan

encantado en la charla que, cuando Ospino le hizo señas de abandonar el lugar, le parecía imposible que ya hubieran transcurrido algo más de ciento veinte minutos.

—Tenemos que irnos, profesor —ordenó Ospino—. Allá afuera hay un médico aguardando por Georgie y, por razones que no viene al caso mencionar, no debemos aplazar esa cita. Pero no se angustie. Más adelante tendrá la oportunidad de departir otros momentos con él. Salgamos por favor. Ya nos volveremos a ver.

Una vez las tres personas se despidieron, Ospino y Saker se retiraron de la sala y el clon se quedó sentado. En la puerta y mientras salían, Saker observó que un hombre que supuso sería el médico al cual Ospino se refería, estaba esperando acompañado de Valero.

5

En una sala distinta a la biblioteca donde habían hablado con el clon de Borges, Saker confesó a Ospino que las dos últimas horas no sabía qué lo había fascinado más: Si la voz y la dicción de ese Georgie, si su soltura prodigiosa al abordar casi cualquier tema, si el hecho de percibir respirando a pocos centímetros de él a alguien que era idéntico a Borges y que a cualquiera hubiera hecho sentir que estaba ante Borges revivido (de hecho, Saker confesó que, en ciertos instantes, le sobrevenía la incomprensible sensación de estar hablando con el mismo Borges). Ante las muchas preguntas desordenadas de Saker, Ospino le contó la historia de este Georgie. Supo Saker así que, ya desde pequeño, el clon de Borges sabía que él era una copia de un Jorge Luis Borges argentino que había nacido en 1899 y había muerto en 1986. Supo que, en una de las tantas charlas por Europa que el Borges original había dado en la década del setenta del pasado siglo XX, Ospino se las había arreglado para conseguir una muestra de sangre de Borges, a partir de la cual, mediante sucesivos experimentos, había conseguido por fin este clon con el cual habían conversado. Según Saker entendió, el modo de conseguir la muestra del Borges original fue muy sencillo. En cierta conferencia del poeta bonaerense, un biólogo especialmente contratado por Ospino, había fingido que por error chocaba con Borges y que, sin querer,

le ocasionaba una herida en un dedo de la cual manaba sangre. De inmediato, el biólogo se había disculpado y —como no— varias personas presentes en el acto, habían auxiliado a Borges poniéndole una vendita en el dedo. El incidente había sido tan banal que nadie había sospechado nada, pero en cambio, para el biólogo en cuestión, había sido la ocasión perfecta de conseguir muestras celulares a partir de las cuales podría obtenerse el clon deseado. Saker arguyó a Ospino que, según registraba la historia, el primer clon obtenido con éxito en un mamífero, apenas se había conseguido hasta 1996: la celebérrima ovejita Dolly. No obstante, Ospino redarguyó que él y otro grupo de personas asociadas en el mundo, en secreto habían financiado investigaciones en el campo varias décadas antes de lo que registraba la historia oficial mundial acerca del tema y que, también en secreto, ellos habían alcanzado el éxito en la clonación de humanos, mucho tiempo antes de que la humanidad conociera el caso de Dolly.

—Lo de Dolly es una mámpara, profesor —presumió Ospino—. En unas décadas más, la humanidad conocerá toda la verdad acerca de los experimentos en el campo de la clonación y créame que quedarán estupefactos. Por ahora sólo le adelantaré que la historia es muy distinta de lo que el común de la gente imagina.

Tras un breve escalofrío, Saker volvió a preguntar acerca del clon.

—Pero ¿por qué tiene acento argentino? ¿Lo criaron allá?

—Ni más ni menos, profesor. Hasta el día de hoy, Georgie ha vivido en Argentina al menos veinte años, es natural que haya adquirido ese acento. El resto del tiempo él ha estado en varios lugares del mundo y sólo hasta hace unos tres años está en esta hacienda.

—¿Por qué tenía que ver a un médico? ¿Está enfermo?

—Nada especial. Lo que ocurre es que, por ser un clon, su organismo suele ser más débil que el organismo original. Hace unos años, una gripa casi lo mata. Lo tenemos sometido a unos controles médicos periódicos y muy estrictos. No queremos arriesgarnos.

—¿Por qué dice “queremos” y no “quiero”? ¿Qué otras personas saben de esto?

Aquí Ospino sonrió de un modo enigmático.

—Eso no lo puedo responder, profesor.

Saker sintió de nuevo que al lado de Ospino se respiraba un ambiente insano.

—Usted dice —volvió a preguntar Saker frunciendo el ceño— Que este Borges clonado con el cual acabamos de hablar, ha viajado por el mundo durante algún tiempo ¿cómo es que nadie lo ha detenido nunca en algún aeropuerto o terminal? ¿Cómo es que siendo Borges tan popular, en algún lugar del mundo nadie ha reparado en que físicamente este clon es idéntico al Borges primigenio?

—Profesor —contestó Ospino con voz calma—. Eso que usted dice, nunca ha sido problema. Para bien o para mal, en este mundo el dinero puede comprar cualquier cosa ¿no cree usted que también puede comprar el silencio o la complicidad de muchos para evitar esa eventualidad que usted señala?

Saker asintió con cierta vergüenza.

—¿Este clon de Borges qué hace en su vida diaria?
¿Cómo vive? ¿Puede salir de aquí?

—Por supuesto que no puede salir — respondió Ospino comenzando por la última pregunta de Saker—. De todas maneras, Georgie no se siente prisionero. Como ya le dije, profesor, él ha podido conocer distintos lugares del mundo —eso sí, siempre bajo custodia—, además, esta hacienda —como usted mismo habrá notado— es bastante grande como para recorrerla. Cuando Georgie se siente aburrido y quiere caminar, simplemente lo hace solo o le dice a alguno de los empleados y ellos lo acompañan en cualquier recorrido. Yo mismo tengo como hábito acompañar a Georgie en sus paseos. Por otra parte, y como usted supondrá, a Georgie lo que más le gusta es leer y aquí en la hacienda tiene una biblioteca en la cual podría quedarse escudriñando el resto de su vida (unos veinte mil ejemplares, si mal no estoy). La mayoría del tiempo Georgie está leyendo en la biblioteca que usted conoció y, según el médico que siempre le cuida, no manifiesta algún problema psicológico o de ansiedad por su condición. Yo le podría asegurar que Georgie no se aburre.

—Pero está siempre vigilado —apuntó Saker—. No puede salir de esta hacienda si lo desea. Eso es ser prisionero.

Aquí, Saker advirtió cierto gesto de enfado en el rostro del millonario.

—Puede ser que Georgie deba estar siempre monito-

reado, pero es que, desde que era niño, a él se le hizo entender que, por su particular condición, él debería vivir apartado del mundo, sin hacerse popular como el Borges original. Él nunca ha protestado frente a ese impedimento. Por lo demás, jamás en su vida ha experimentado alguna clase de maltrato.

En este punto Saker no pudo dejar de pensar qué tan cierto era lo que Saker manifestaba ¿Qué opinión se obtendría si sobre estos aspectos se interrogara al clon? ¿Estaría ese segundo Georgie tan resignado o adaptado a su condición como Ospino aseguraba? Por otra parte, pensó Saker mientras guardaba silencio, la situación misma —con todo y el maquillaje que le proporcionaba Ospino— no dejaba de ser aberrante. El Georgie clonado no dejaba de ser un juguete de Ospino. Por el mero hecho de impedirle la plena libertad de movimiento, Ospino estaba cometiendo un secuestro con ese pobre Georgie de segunda generación. Al hacer ese descubrimiento Saker sintió miedo de Ospino, pero por el momento se lo guardó sin demostrarlo y prosiguió la conversación. —¿Este clon de Borges ha escrito algo? —preguntó. —Me preguntaba cuánto tiempo tardaría antes de hacer esa pregunta —dijo Ospino con un gesto de alivio mientras se levantaba, iba hasta un anaquel próximo y extraía un libro en rústica de tapas negras—. Mire —agregó mientras le entregaba el texto a Saker— lea esto. Debo salir un par de horas a atender ciertos asuntos urgentes, mientras tanto le dejaré en este salón leyendo

solo. No se preocupe. Pediré al mayordomo que, periódicamente, venga hasta acá para atender cualquier solicitud suya ¿le parece? Cuando vuelva de los asuntos que debo atender, podemos almorzar.

—Me parece —repitió Saker—.

Cuando con paso cansino y modales algo exagerados, Ospino abandonó el lugar, Saker sintió alivio. “Un hombre como éste —pensó— que crea a otro ser humano como un juguete para su recreación, también sería capaz de matarme a mí. Además, está el hecho de que en esta misma mañana, Ospino ha reconocido varios delitos frente a mí. Ha llevado a cabo clonaciones e investigaciones biológicas que repugnan a la dignidad humana, ha sobornado a muchos para obtener el silencio cómplice frente a sus experimentos mórbidos, mantiene secuestrado a un ser humano para su placer. Este tipo sería capaz de matarme sin que le temblara un segundo el pulso”. Atemorizado, pero también intrigado respecto de ese libro que tenía ante él, Saker se arrellanó en el sofá donde estaba, miró el reloj y se dispuso a leer.

6

En principio, Saker se fijó en el título del libro (*Nueve cuartos*) y no pudo dejar de pensar en las *Siete Noches* y los *Nueve Ensayos Dantescos* del Borges original. Luego, empezó a leer y aquí sobrevino la revelación. La obra constaba —como era de suponerse— de nueve cuentos. Era una suerte de paneo o descripción de lo que estaba pasando en nueve apartamentos de un edificio en una ciudad que el autor —el Borges clonado— nunca condescendía a precisar. El primer cuento narraba lo que ocurría a un personaje que en un dormitorio de un apartamento estaba leyendo un libro de Borges (el libro, por lo que pudo advertir Saker, no correspondía a ninguno de los que el Borges original había escrito en vida, tenía elementos de distintas obras escritas por Borges, pero como tal, era inidentificable). Este primer relato — curiosísimo por demás— sólo comentaba todo lo que pasaba por la mente de este lector de Borges, mientras leía el libro. Como tal, era un ejercicio de divagación fantástica pura. Nada más. Si, por ejemplo, Borges en su relato mencionaba un minotauro encerrado en un laberinto, el lector del apartamento imaginaba qué habría ocurrido si alguna vez el minotauro hubiera logrado escapar de su cárcel. ¿Qué habría sucedido? —se preguntaba el lector del cuarto uno— ¿El minotauro se habría establecido en algún otro país? ¿Se habría escondido en un bosque y vivido como un ermitaño?

¿Al cabo de un tiempo alguien lo habría encontrado? ¿Alguna vez habría encontrado una doncella que desdenara su cabeza de toro y que aceptara tener un hijo con él? ¿Tras un período de tiempo, el minotauro y la doncella habrían tenido muchos minotauritos? ¿Tras otro período de tiempo, se habría hecho imposible esconder a la familia de minotauros en el bosque? ¿Algún día los minotauros y minotauras —porque también habría de éstas— serían conocidos y aceptados por el resto de la humanidad? ¿Al final ocurriría que minotauros y humanos aprenderían a vivir juntos compartiendo el mismo planeta? ¿Acabarían en una batalla de proporciones apocalípticas entre las dos razas? Este *Cuarto uno*, que así se llamaba el cuento, abundaba en otra clase de divagaciones de su personaje lector. Todo el texto consistía en describir las ramificaciones que en la mente del lector de Borges, sucedían tan pronto estaba leyendo a Borges. Como tal, el texto daba la impresión de ser caótico, pero de un caótico fascinante, que atrapaba desde la primera línea y no le concedía respiro al lector hasta que se topaba con el punto final. Una vez concluyó este primer cuento, Saker volvió a experimentar esa primitiva felicidad que había sentido la primera vez que en su vida se topó con Borges. El cuento sólo admitía una calificación y era la de perfecto. También se lo podría calificar (abusando del encadenamiento de adjetivos) de subyugante, embelesador, apabullante, contundente, avasallante. A Saker, por el momento, no se le ocurrieron más palabras, pero de lo que sí es-

taba seguro es que lo que había leído tenía las mismas dimensiones que el haberse encontrado alguna de las obras perdidas de Aristóteles, Platón o Sófocles. El hallazgo era de ese tamaño. Saker sentía que se estaba topando con un clásico de la literatura mundial y que él era el primero en el planeta en contar con tal privilegio (“Bueno —pensó mejor— era el segundo pues ese libro seguramente ya habría sido leído por Ospino”). En todo caso Saker estaba abrumado. En esas pocas páginas que había leído, él había vuelto a sentir la dicha inefable y ya olvidada que todos los humanos tenemos la primera vez que sentimos el agua o la sal, la primera vez que oímos música, la primera vez que encontramos las matemáticas, la primera vez que nos dan un beso, la primera vez que nos narran un cuento de hadas, la primera vez que vemos el cielo, la primera vez que descubrimos que a Dios se le ocurrió algo tan extravagante como inventarse los dinosaurios, la primera vez que leemos a Borges. Era felicidad, felicidad pura. Esa experiencia que Borges había logrado transmitir tantas veces en sus textos prodigiosos. Saker sentía lo mismo. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, el profesor se dio cuenta que sus ojos estaban llorosos y, con las manos temblorosas, dejó el libro a un lado para intentar calmarse.

Tan pronto se serenó, Saker volvió a la lectura. El *Cuarto dos* mostraba a un padre salesiano que estaba leyendo un libro infinito, el mismo libro sin fin que Borges había descrito en su célebre relato de *El libro de arena*. En el principio de este cuento, el clon de Borges narraba cómo el padre salesiano había tenido la desgracia o la fortuna de viajar a Buenos Aires, visitar la Biblioteca Nacional donde el protagonista de la narración original había abandonado el libro de arena y, tras varios avatares, apoderarse de él. Luego, el cuento refería que hacía varios años este padre alquilaba el departamento en que se encontraba, sólo para poderse sentar a leer el libro de arena. El sacerdote estaba fascinado con el objeto que —dada su calidad de infinito— nunca podía abrirse dos veces en la misma página. Una y otra vez lo abría al azar para leer cualquier cosa, sobre la nieve silenciosa o sobre Ulises, sobre el tiempo o sobre Shakespeare, sobre los modos de disparar un rifle o el modo de cosechar café, sobre la lengua indostánica o los tigres. En ese libro fantástico y demoníaco a la vez se encontraba todo, se reflejaba todo, se extraviaba todo. Todo tenía allí su lugar aun cuando un lector humano era consciente de que su corta vida nunca le permitiría agotar ni siquiera una fracción infinitesimal de tal universo caótico de papel (para leer ese libro se necesitaba ser Dios o al menos un demiurgo

de élite). El padre salesiano lloraba mientras leía el libro, al acariciar con sus manos esas páginas inabarcables le dolía saber que su misérrimo cerebro era incapaz de dar cuenta de esa obra, mirando al azar esas páginas el padre se sentía como una hormiga que debe abarcar La Vía Láctea, se experimentaba insignificante, ínfimo, exiguo, minúsculo, microscópico, una bacteria posada en el Monte Everest, un virus imperceptible en el Planeta Saturno. Enano, él era un enano, jamás superaría su condición de enano, nunca nadie podría curarle de esa limitación. Ese libro era la prueba de que el universo o los universos no eran para el hombre, que el ser humano jamás saldría de su condición de parásito o de liendre cósmica, que — por más que avanzáramos — la nuestra sólo era una especie de piojos cósmicos arrogantes... Cuando el relato se detuvo, otra vez Saker quedó anonadado: Esa prosa hipersofisticada y complejísima era almíbar para la vista y el oído, esas afirmaciones eran de una perturbadora elegancia; mientras leía, él era feliz, sencillamente feliz. Eso que acababa de leer era Borges y al mismo tiempo no lo era. Era inexplicable.

El *Cuarto tres* mostraba a un hombre que estaba en una cama soñando libros. Soñaba al mismo tiempo *Las mil y una noches*, *La Divina Comedia* y *Orlando Furioso*, soñaba todo Calderón, todo Ovidio, todo Horacio, todo Wells, todo Dick, todo Joyce. En su sueño, el soñador leía todos los libros del mundo de todos los tiempos y en todos los idiomas al mismo tiem-

po. Siempre quería leer más, ansiaba leer más, sólo concebía la vida como un acto de leer, leer y leer, sólo existía para leer. En cierto momento durante su sueño, una voz inescrutable le decía al soñador que ya habían transcurrido todos los tiempos posibles y que él ya había leído todos los libros posibles, y que de ahora en adelante ya no había nada más que leer, que todo había sido leído, que ya no existía ni un solo texto más por descifrar e interpretar. Entonces el lector—soñador o soñador—lector no podía creer que su cerebro continuara vacío, lo había leído todo y sin embargo sentía que sólo una fracción infinitesimal de su cerebro había sido ocupada. El soñador exigía más, pero ya ninguno de los universos podía producir más libros, sencillamente ya no era posible escribir sobre algo porque ya todo había sido escrito. En ese instante, entre desesperado y horrorizado, el soñador despertaba. Una vez estaba despierto y constataba que se encontraba en su departamento otra vez, el hombre no quería dormirse de nuevo, temía que en sus sueños se encontrara con ese desquiciado universo donde ya todo había sido escrito... Saker despertó de la hipnosis del relato, allí tenía a Borges y no lo tenía, el estilo era de Borges y no lo era, los tics de lenguaje eran de Borges y no lo eran...

El *Cuarto cuatro* mostraba en él, al mismísimo Jorge Luis Borges (el original), encerrado en un cuarto bajo llave. Borges estaba sentado esperando a algo o a alguien que no acababa de llegar. A veces, Borges

oía del otro lado unas voces y sabía que estaban hablando de él, pero nunca nadie se resolvía a abrir la puerta y decirle qué pasaba. A ratos, Borges pensaba que estaba en un sueño y que ese cuarto donde estaba prisionero no existía; a ratos, pensaba también que era un personaje literario en un cuento dentro de un libro que se llamaba *Nueve cuartos*; a ratos, Borges pensaba que —por ser personaje de un cuento— en ese mismo momento leía su historia un anónimo profesor colombiano especialista en su obra llamado Antonio Saker (y aquí Saker se estremeció); a ratos, Borges sabía que ese Saker que lo leía en un cuento, estaba sentado en una sala de una hacienda ubicada en Villa de Leyva...

Saker se detuvo ¿Cómo era posible que el clon de Borges hubiera previsto que él (Saker), algún día estaría sentado leyendo ese cuento en esa sala de esa hacienda en Villa de Leyva, donde efectivamente se encontraba? ¿Esto era una broma macabra? ¿Una conjura? ¿A qué estaban jugando con él? Un tanto medroso, continuó la lectura.

El Borges del *Cuarto cuatro* sabía que Antonio Saker ya nunca más dejaría esa hacienda en Villa de Leyva; sabía que, por estar leyendo lo que estaba leyendo, ya nunca más se le permitiría alejarse de allí; sabía que leer lo que estaba leyendo tenía un precio...

En eso, alguien giró el picaporte de la puerta y entró. Era Ospino que había regresado.

8

Mientras Saker y Ospino almorzaban, Saker le comentó el conjunto de impresiones contradictorias que le habían generado los cuatro cuentos que había alcanzado a leer. La prosa era del mejor estilo Borges —dijo— aun cuando al mismo tiempo se sentía que no era Borges. Todos los textos emanaban el mismo exquisito sentido del humor borgesiano, su mismo sentido de la maravilla y su misma retórica genial, y sin embargo eran también algo completamente nuevo, algo distinto. Saker preguntó a Ospino si el clon de Borges había escrito algo más y entonces el potentado sonrió: —Unos veinte libros más —contestó Ospino—. En la tarde comenzará a leerlos.

Tras el almuerzo, Saker fue llevado a la misma sala donde había estado leyendo antes y Ospino le entregó otro volumen de cuentos.

— *Nueve cuartos* sólo fue el primero y más elemental de los libros de Georgie —explicó Ospino—. Ahora quisiera que evaluara esta joya —dijo mientras se refería al libro que le había entregado: *Ficciones II*

Saker pidió que le prestaran otra vez *Nueve cuartos*, pero Ospino insistió en que leyera el nuevo libro que le proporcionaba.

—Ya tendrá tiempo para los cuartos más adelante— completó con tono suficiente—. Por favor lea el libro que le he entregado.

De nuevo Saker fue dejado solo en la sala y de nuevo comenzó a leer. *Ficciones II* era otra colección de cuentos. De un modo irónico, el clon de Borges había creado una segunda parte para todos los cuentos de *Ficciones*, la mítica obra borgesiana de 1944. Así pues, en *Ficciones II* figuraban *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius II*, *Pierre Menard, autor del Quijote II*, *Las ruinas circulares II*, *La lotería en Babilonia II*, *Examen de la obra de Herbert Quain II*, *La biblioteca de Babel II*, *El jardín de senderos que se bifurcan II*, *Funes el memorioso II*, *La forma de la espada II*, *Tema del traidor y del héroe II*, *La muerte y la brújula II*, *El milagro secreto II*, *Tres versiones de Judas II*, *El fin II*, *La secta del Fénix II* y *El Sur II*. En un principio, Saker abordó el primer relato con escepticismo; sólo leyendo el índice, le parecía que el clon había recurrido al viejo mecanismo que usan los mercaderes de Hollywood al crear segundas y terceras partes para películas que han tenido gran éxito comercial. Asimismo, pensó que “nunca segundas partes fueron buenas”, pero entonces se equivocó. Cuando leyó *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius II* quedó atónito. El relato no sólo continuaba a la perfección al clásico cuento borgesiano, sino que —y en este momento Saker quedó asombrado de que su cerebro hubiera proferido tal blasfemia—, a ratos lo mejoraba. Durante un largo lapso Saker se quedó alelado mirando al vacío y pensando en lo que acababa de descubrir ¿Cómo era posible eso? ¿Cómo conseguía este clon un nivel tan magistral? Es cierto que el Georgie clonado tenía la misma dotación genética que el Georgie original, pero esto

era inaudito, imposible, absurdo. Luego Saker leyó *Pierre Menard, autor del Quijote II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *Las ruinas circulares II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *La lotería en Babilonia II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *Examen de la obra de Herbert Quain II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *La biblioteca de Babel II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *El jardín de senderos que se bifurcan II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *Funes el memorioso II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *La forma de la espada II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *Tema del traidor y del héroe II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *La muerte y la brújula II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *El milagro secreto II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *Tres versiones de Judas II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *El fin II* y sólo atinó a abrir la boca, leyó *La secta del Fénix II* y sólo atinó a abrir la boca. Por último, leyó *El Sur II* y la boca de Saker ya no podía abrirse más. Tras cerrar el libro que literalmente había devorado en unas cuantas horas (ya eran las ocho de la noche), Saker se sentía exhausto, pero dichoso. Tenía la misma sensación inefable que tienen ciertos místicos a los cuales por un momento se les ha mostrado el Paraíso, la misma sensación del hombre que se acaba de ganar una lotería de millones de dólares, la misma sensación de un escritor a quien le avisan que le acaban de conceder el Nóbel, la misma sensación de un explorador que acaba de descubrir un tesoro buscado por innumerables personas durante milenios, la misma sensación del astronauta que por primera vez pisa otro planeta. Sólo por haber leído lo que

había leído (como alguna vez habría dicho el Borges original), se sentía como el más afortunado de los hombres. Cuando aún se encontraba patidifuso ante la obra que lo había arrobado, otra vez Ospino entró a la sala.

9

Mientras Saker y Ospino cenaban a solas, el profesor no pudo contener el entusiasmo que le inundaba ante la obra que había acabado de leer. Saker se sentía — según dijo— como Cristobal Colón en el momento de descubrir América, como James Cook explorando por primera vez Australia. Una y otra vez le manifestó a Ospino que allí en esas páginas estaba uno de los más grandes escritores de todos los tiempos; que si los otros libros que había escrito el clon, eran de calidad semejante a lo que ya había leído, allí en esa hacienda estaba un tipo que podía ganarse no un Premio Nóbel de Literatura, sino siete u ocho Premios Nóbel seguidos; que clonar a Borges no dejaba de ser un sacrilegio, pero que ante semejantes resultados estéticos, él ya no sabía qué pensar.

—Usted, Ospino —exclamó Saker emocionadísimo— aloja aquí en su hacienda a un genio, a un monstruo de las letras. Casi no puedo esperar a leer las otras obras que usted me dice que él ha escrito. ¿Le molestaría que me quede aquí esta noche y que mañana lea otras producciones de él?

—Para nada —contestó Ospino complacido— pero ¿no lo está esperando alguien en su apartamento a quien usted debiera avisar que esta noche ya no regresará?

Saker resopló.

—Usted sabe que vivo solo Miguel. No tengo nadie a quien avisarle.

—En ese caso —dijo Ospino— daré las órdenes a Abel para que le prepare una habitación y duerma aquí. Así pues, aquella noche Saker se quedó en la hacienda de Villa de Leyva pensando en todo lo que descubriría al día siguiente. Muy temprano, la mañana del domingo se levantó, se “arregló” y desayunó. Ospino lo volvió a instalar en la sala del día anterior, otra vez le dejó solo porque —según él— debía atender ciertos asuntos ineludibles, y de nuevo, antes de partir, le entregó una obra denominada *Anulación de la obra de Jorge Luis Borges*. Cuando Saker se quedó solo y comenzó a hojearla, le sorprendió un hecho: ¡La obra era una novela! ¡Una novela! El Georgie clonado se había aventurado a hacer lo que el Georgie original siempre había desdeñado: ¡Escribir una novela! Un tanto desconfiado, Saker inició la lectura. En el texto se narraba la historia de un hombre que por una cierta acumulación de hipersensibilidades estéticas, estaba harto de la obra de Jorge Luis Borges, que la odiaba a muerte y que, en un momento dado, tomaba la resolución absolutamente insensata de hacerla desaparecer del planeta Tierra. Para ello, el hombre comenzaba por conseguir todos los libros posibles de Borges e irlos incinerando uno por uno, no obstante, en cierto momento se daba cuenta que su labor estaba condenada al fracaso pues la obra de Borges estaba tan extendida por el mundo que, incluso si empleara toda su vida mortal en conseguir los libros borgesianos para destruirlos, cuando le sorprendiera la muerte, el 99% de la obra de Borges continua-

ría subsistiendo. Por mucho tiempo, el hombre que odiaba a Borges pensaba y pensaba qué hacer, hasta que un día llegaba a la pavorosa conclusión de que para anular la obra de Borges, sólo había dos alternativas: una era convencer a todos aquellos propietarios de un libro de Borges (incluidas biblioteca públicas e internet), de que se deshicieran de él; la otra, era viajar hacia atrás en el tiempo para impedir que Borges naciera y, de ese modo, cortar desde su raíz al árbol que produjo tales frutos. La primera opción era irrealizable, lavarle el cerebro a millones de personas en el mundo para que ejecutaran su deseo de destruir la obra de Borges, era poco menos que imposible ¿cómo iba a hacer él para entrar en millones y millones de cerebros y hacer que sintieran ganas de eliminar todos los textos borgesianos que estuvieran en su poder? Además —razonaba— incluso si se acabara con los libros de Borges, todavía persistiría su recuerdo. Entonces, hacia la mitad de la novela, el protagonista de ella veía como más y más factible apelar al tratinado recurso de una máquina del tiempo, viajar a Buenos Aires hacia 1899, contactar a Leonor Acevedo (la madre de Borges) e impedir que ella diera luz a ese Jorge Luis que él odiaba tanto. Así pues, a partir de este punto se relataban todas las peripecias en que se sumía el protagonista a fin de conseguir dinero y los científicos suficientemente chalados para construir una máquina del tiempo, por fin lo conseguía y de este modo, un cierto día, el hombre se trasladaba a la Buenos Aires de 1899 más o menos

por la época en que Leonor Acevedo se encontraba embarazada de Borges. Ya en el lugar y tiempo indicados, el sujeto conseguía hacerse amigo de la familia de Borges, asistir al nacimiento de ese argentino al cual odiaba tanto y un día, aprovechando un descuido de quienes rodeaban al niño, asesinar a Jorge Luis. Cuando los allegados de Borges estaban sumidos en la desesperación y el dolor por la muerte del niño, el hombre retornaba al presente en su máquina del tiempo y, para su satisfacción, comprobaba que en ningún lugar del mundo se recordaba a Jorge Luis Borges. Visitaba librerías y bibliotecas, y sus libros ya no existían; buscaba referencias de él en internet, pero no aparecían por ninguna parte; le preguntaba a iniciados y a profanos en literatura si conocían a un tal Jorge Luis Borges, pero nadie le daba razón de él. Con curiosidad mórbida, el sujeto averiguaba qué había sido de la familia de Borges, y comprobaba que los padres de Jorge Luis, una vez lo habían perdido, habían engendrado otro bebé que había terminado sus días en un manicomio. Una vez el sujeto verificaba que ni en libros, ni revistas, ni internet, ni nada, se citaba a Borges, caía en cuenta —sin embargo— que él no lo podía olvidar, que su situación —si se quería— era peor que antes pues sólo él, sólo él, era el único lugar donde aún se recordaba a Borges en todo el universo. En las noches el tipo soñaba con Borges, en el día lo confundía con muchas personas que veía en la calle, a ratos —y esto le parecía increíble— el sujeto escribía de memoria algunos poemas que se

sabía de su odiado Jorge Luis. Un día —y desconocía la causa del hecho— el individuo escribía tres o cuatro poemas de Jorge Luis Borges, pero les hacía pasar por suyos, les firmaba con su nombre. Luego los enviaba a una revista de poesía, allí se los aceptaban, los elogiaban y los publicaban. La novela concluía cuando el hombre contemplaba esos tres o cuatro poemas de Borges que ahora podía reclamar como suyos, y se debatía en el dilema de escribir otros cuentos de Borges y firmarlos con su nombre, o sencillamente buscar a un médico o psiquiatra que le borrara de la memoria a Jorge Luis Borges.

Cuando Saker concluyó la lectura de *Anulación de la obra de Jorge Luis Borges* —que no sobrepasaba las 150 páginas— de nuevo se quedó sin palabras. El argumento casi que era lo de menos, lo impresionante era la rabia sofisticada con la cual estaba escrito, el bizantino y sutilísimo enojo que lo animaba. Como las otras creaciones del clon que había leído, ésta le obligaba de nuevo a utilizar el adjetivo “magistral”, no había otro que le calzara de modo más exacto. Otra vez Saker sintió —cosa que ahora era más clara— que esas páginas eran clásicos de la literatura, pero que también eran pecaminosas; otra vez sintió que le había sido permitido echarle una mirada a una suerte de inteligencia maldita ¿Tenía derecho Ospino a hacer lo que había hecho? ¿Obtener obras maestras de las letras justificaba jugar con ese ser humano que era el Georgie clonado? ¿Esos libros excepcionales eran

suficiente razón para mantener secuestrada a una persona e incurrir en toda clase de delitos adicionales como sobornos y complicidades con individuos de dudosa reputación? ¿Quiénes eran los genetistas o biólogos que habían clonado a Borges? ¿Qué otros sujetos estaban involucrados en ese asunto malsano? En últimas ¿para qué lo había llevado Ospino hasta allí? Saker recordó el cuento de *Nueve cuartos* donde el clon había previsto que él sería llevado hasta ese lugar, y un escalofrío le recorrió la espalda. Era evidéntísimo —pensó Saker— que Ospino hace rato había perdido la razón, pero también era clarísimo que, quienes le rodeaban (fueran pocos o muchos), también estaban locos. ¿Qué pensaría de todo esto el Borges clonado? En Saker se mezclaban tanto el deseo de hablar a solas con ese prisionero de lujo que escribía, como el miedo por su propia suerte a manos de Ospino y sus secuaces. Ante un súbito impulso, sacó su celular e intentó llamar a alguien, pero curiosamente la llamada no salió. Probó con otros números telefónicos de otras personas que conocía y ocurrió lo mismo, sencillamente la señal no salía. Embelesado como había estado hasta ese momento en las obras del Georgie clonado, sólo hasta ese instante percibió que, en los dos días que llevaba en esa hacienda, absolutamente nadie le había llamado al celular ¿Qué ocurría? ¿Así como en ese lugar no salían llamadas desde un teléfono celular, tampoco podían entrar? ¿Qué sitio era ese?

Cuando Ospino reingresó a la sala a eso del mediodía y lo invitó a almorzar, Saker estaba profundamente desconcertado y ansioso. No sabía si lo correcto era cuestionar ante su anfitrión la existencia y condiciones de vida del Georgie clonado, pero igual lo hizo. Con todo el tacto de que era capaz, Saker le preguntó a Ospino si no se daba cuenta de los delitos en los cuales estaba incurriendo con el clon de Borges: primero que todo el haber realizado una clonación humana que, por sus imprevisibles consecuencias, estaba penalizada en todo el mundo; segundo, el mantener secuestrado al clon de Borges en esa hacienda en que estaban; tercero, el haber comprado complicidades diversas para sus delitos en varios lugares del mundo ¿Se daba cuenta Ospino que su admiración fanática por Borges hace rato le había convertido en un delincuente? ¿Tenía todavía suficiente seso para percibir ese hecho?

—Para ponerlo en sus palabras —comenzó Ospino— claro que aún tengo suficiente seso para percibir que mi amor por Borges me ha llevado a transgredir las normas sociales por el momento imperantes. No obstante, creo que después de lo que usted ha leído ayer y hoy, estoy de algún modo justificado ¿no cree?

Aquí Saker guardó silencio.

—Sé —reinició Ospino— que el experimento que he llevado a cabo, plantea unos profundos dilemas éticos ¿es justificable cometer un delito para lograr una obra

de arte inigualable? Si para crear las obras completas de Aristóteles fuera indispensable asesinar a un hombre ¿Usted lo haría? No crea que antes de iniciar esta atrevida experiencia de la que usted ha empezado a ser testigo, yo no había previsto las hondas repercusiones éticas de la misma. Le contaré algo. Cuando hace ya varias décadas, un grupo de biólogos, genetistas y médicos me buscaron y me propusieron la idea, en un principio me indigné y la rechacé. ¿Cómo iba yo a jugar con algo tan sagrado como el genoma de mi ídolo? ¿Cómo profanar a alguien así? No obstante, a medida que el tiempo transcurría, volví a pensar el asunto. Lo miré de otra manera. ¿Qué hubiera ocurrido si Mozart no hubiera muerto a los 35 años de edad? ¿Qué hubiera sucedido si la medicina de su tiempo hubiera podido salvarle la vida? ¿Qué obras maravillosas no habría compuesto ese genio si la ciencia de su tiempo le hubiera permitido vivir hasta los 60 o 70 años? Tomemos otro caso, Edgard Allan Poe. Sabemos que Poe también murió muy joven, apenas andaba por los 40 años de edad ¿Qué hubiera ocurrido si la ciencia de su tiempo le hubiera permitido superar su alcoholismo y la multitud de enfermedades que un enjambre de diversos biógrafos le atribuyen? ¿Qué hubiera significado para el arte y la literatura universal un Poe muriendo a los 70 años con tres décadas más de producción en el campo de las letras? El problema con genios como Mozart, Poe o Borges —pensé entonces y aún lo pienso ahora— es que, así hayan escrito o compuesto cualquier cantidad de

obras, uno como lector o como escucha siempre quiere más. En aquel entonces, yo había escuchado la obra completa o casi completa de Mozart y aunque repetirla una y otra vez era un auténtico placer, lo cierto es que como aficionado a la música yo maldecía una y otra vez que Mozart hubiera muerto tan joven y no nos hubiera dejado un legado más extenso. Lo mismo me ocurría con Poe y, por supuesto, con mi ídolo de ídolos: Borges. Entonces, reconsideré la propuesta que me había hecho este grupo de personas al cual ya me he referido. Mozart y Poe ya no eran clonables, uno porque sus restos se perdieron para siempre y otro porque lo que quedaba de él, ya no estaba en condiciones de ser sometido al proceso. Pero Borges era distinto, él estaba vivo. Por la década de los setenta, Georgie caminaba también más o menos por los setenta años, era un hecho que en una o dos décadas moriría y que con él se iría para siempre el más diestro poeta y fabulista del idioma español y, sin duda, uno de los mejores que ha parido la Madre Tierra en todos los tiempos ¿Por qué —pensé entonces— perder esa dotación genética? ¿Por qué no salvar del olvido a todos esos poemas, ensayos o cuentos que todavía no habían tenido el tiempo suficiente para ser escritos? Además —reflexioné por aquella época— ¿no valía la pena emprender un experimento pionero en los campos de la ciencia y el arte mundiales? ¿Acaso clonar a un ser humano no expandiría el campo del conocimiento humano en todos los órdenes y permitiría al mismo tiempo entrever perspectivas insospechadas?

—Puede ser —interrumpió Saker con su típico tono profesoral—, pero en el caso de Borges, a diferencia de Mozart y Poe, la persona sí alcanzó una edad avanzada ¿era necesario clonarla?

—Usted, profesor Saker, ha leído los libros que hasta ahora le he prestado ¿no cree que habría sido un pecado estético o una tragedia que esas joyas literarias nunca hubieran sido escritas?

Saker meditó un instante en silencio.

—Miguel, lo que usted está diciéndome no es sino una nueva versión de ese miedoso proverbio según el cual “el fin justifica los medios”. De acuerdo con lo que usted está defendiendo, con tal de obtener estas obras magistrales de la literatura — que lo son, no se lo niego— se justifica violar leyes internacionales sobre el genoma humano, secuestrar y comprar conciencias...

—No se hace una tortilla sin romper huevos ¿no cree?

De nuevo Saker se quedó sin palabras por unos momentos mientras cavilaba.

—¿Cuántas personas han leído estos libros concebidos por este segundo Georgie? —la palabra “Georgie” brotó de modo forzado de los labios de Saker.

—Sólo un puñado —contestó Ospino— no más de siete u ocho.

—¿Por qué tan pocas? ¿Por qué soy una de ellas? —interrogó Saker ansioso.

—Bueno —inició Ospino que había recobrado la apariencia de niño cometiendo una travesura, desvanecida en algún momento de la conversación—. Hay varias razones. La primera, por todo lo que usted me ha re-

clamado, creo que es obvia ¿no? Si diera a la publicidad la veintena de libros que Georgie ha producido, el debate público no se centraría donde creo que debería centrarse. Es decir, si esos veinte o veintiún libros vieran la luz pública, la gente no me agradecería haber descubierto a uno de los dos mejores escritores en el idioma castellano que han existido en los últimos cien años: mi Georgie dos creado a partir del Georgie uno. No. En vez de percibir las insondables implicaciones de nuestro experimento para el arte literario y para el arte en general tanto presente como futuro, estoy seguro que la discusión se enfocaría en los huevos que he debido romper para conseguir la tortilla. En vez de discutir acerca de las implicaciones para la ingeniería genética que tiene el Georgie clonado, medio planeta Tierra se nos vendría encima con acusaciones jurídicas, filosóficas, éticas, religiosas y políticas de todo tipo. La verdad, profesor Saker, y ésta es la segunda razón por la cual sólo unas pocas personas han podido disfrutar de estas obras, es que si se dieran a conocer estos textos, como resultado de la polémica mundial que se levantaría, no descarto que — sin consideración a mi edad y bonhomía— yo acabe con mis huesos en una cárcel cualquiera. Quisiera más bien que lo que me resta de vida pudiera disfrutar de unos cuantos y sobrios placeres, uno de ellos —sino el mayor— leer a uno de los dos mejores escritores en idioma castellano y uno de los mejores del mundo de todos los tiempos: Nuestro Georgie dos. Además —y aquí Ospino sonrió de un modo inextricable— yo diría que hay una terce-

ra razón para que sólo un puñado de escogidos tenga acceso a las obras que usted ha visto, y es el egoísmo puro: Me causa un infinito placer saber que, muy probablemente, jamás la literatura castellana y universal de nuestro tiempo, conocerá a este genio que comparte sus días con nosotros en esta apacible hacienda. Al guardar a nuestra lumbrera en mi propiedad, estoy haciendo algo que sólo es comparable a haber encerrado a Joyce o a Kafka en un cárcel y jamás haberlos dado a conocer a la humanidad ¿Imagina usted, Saker, lo que habría sido la literatura del siglo XX si Joyce o Kafka hubieran escrito sus obras completas, pero ellas hubieran permanecido desconocidas para siempre? ¿Se imagina lo risible que se volvería consultar una historia de la literatura del siglo XX, sabiendo que dos de sus figuras cimeras sólo son conocidas por usted, pero el resto de la raza humana no tiene la menor idea de que existen? ¡Cuánto se reiría usted al leer esa narración coja! Por el mero hecho de esconder a Joyce y a Kafka en su bolsillo, usted tornaría a toda la historiografía literaria de nuestro tiempo en algo absurdo, grotesco, ridículo. Sería una broma de altísimo nivel que sólo podría ser apreciada por unos pocos afortunados y que, *ipso facto*, transformaría al resto de la ignorante humanidad en payasos de los cuales reírse para siempre. Brota entonces, como verá, la cuarta razón por la cual no he permitido, ni permitiré en el futuro, que la obra de Georgie dos se extienda más allá de unos cuantos iniciados: El humor. Impedir que Borges dos sea conocido más allá del círculo que yo designe

es una broma magnífica, un chiste cósmico a la altura de los magníficos chistes cósmicos a los cuales era tan proclive mi idolatrado Borges uno. Sin mi Borges dos conocido por el público lector, de algún modo todas las narraciones acerca de la historia de la literatura occidental resultan amputadas, mochas, fragmentadas...

—En ese último punto no estoy de acuerdo Miguel —interrumpió Saker—. Para sentir que una historia de la literatura occidental es incompleta, uno tiene que percibir que falta un autor, un género o una tendencia literaria. Uno sólo puede echar en falta en una narración histórica a Joyce, si sabe que ha existido un señor llamado James Joyce ¿cómo se va a extrañar a quien nunca se ha conocido?

—De acuerdo Saker —continuó Ospino—, pero es que ahí está la broma. Eso que usted ha dicho es perfectamente válido para la abrumadora mayoría de lectores de Occidente que nunca han conocido ni conocerán a Borges dos, pero ¿cree que usted, yo y otros cuantos que contamos con el privilegio de habernos codeado con él, podemos volver a creer en las historias de la literatura occidental que ignoran ese hecho y que usted y yo leeremos de aquí en adelante? Dado nuestro conocimiento de Borges dos, la historiografía literaria universal se torna para nosotros en una mera charada, en una narración cuyas conclusiones nunca serán válidas porque ignoran e ignorarán lo que para la literatura significa un clon de Borges y la posibilidad de clonar a otros escritores y artistas.

Saker —como le había ocurrido demasiado a menudo desde que había llegado a la hacienda —otra vez no supo qué decir. Lo que proponía Ospino era cierto, el simple hecho de haber tenido contacto con el clon de Borges cambiaba para siempre su mirada al pasado, presente y futuro de la literatura occidental. A partir de ese momento, conceptos como el de “originalidad”, “influencias” o “antecedentes literarios” deberían entrar en remojo y ser reconsiderados de un modo meticuloso. ¿Qué ocurriría si en el futuro un escritor no empleaba una vida para crear su obra, sino veinte o treinta vidas de veinte o treinta clones? ¿Qué ocurriría si se clonaba a Borges no una vez, sino veinte o treinta? ¿Veinte o treinta Borges creando obras no constituían por sí solos un género literario? ¿Podría suceder que gracias a la clonación, ningún gran escritor muriera nunca? ¿Dentro de cinco siglos la humanidad seguiría contemplando la creatividad de un Borges número veinte que, con el mismo cerebro del Borges uno, reflexionaría sobre las realidades que en ese entonces enfrentaría la especie humana? ¿Mediante la clonación podría alcanzarse una paradójica inmortalidad literaria? ¿Gracias a la clonación, un solo escritor se convertiría en una tribu de escritores? —Por ahora no quiero considerar las implicaciones de eso que usted tan sólo considera “un experimento” —reinició Saker—. Lo que sí quisiera saber es lo que le pregunté hace un momento ¿por qué he sido escogido yo para conocer a esta obra y a este clon de Borges? ¿qué busca conmigo?

Aquí, quien por un momento pareció quedarse mudo fue Ospino. Pero muy pronto recobró el control.

—Lo he escogido a usted, profesor Saker, porque creo que merecía ser premiado.

—¿Premiado? —preguntó Saker entre curioso y aturdido.

—Sí profesor, premiado. Cuando leí sus dos obras sobre Borges uno, capté en ellas una ternura y una devoción hacia el Georgie original, que en realidad me conmovieron. Pensé que usted merecía saber que un Borges genéticamente idéntico aún hollaba con sus pisadas este patético planeta que nos cupo en suerte. Pensé que usted, a quien se notaba que el Borges uno arrebatava hasta las lágrimas, era quien mejor agradecería un regalo como el que le he hecho ayer y hoy. La otra razón es que deseaba conocer su opinión sobre todo lo que le ha sido revelado en este par de jornadas, quería un interlocutor de cierta dimensión que estuviera en capacidad de columbrar cosas que yo no pudiera ver ¿Cómo decirlo? Deseaba alguien que me ayudara a dilucidar las consecuencias de este experimento.

—¿Y qué le hace pensar Miguel, que yo no daré a conocer al mundo su experimento que ni siquiera sé cómo calificar? ¿Qué me impide hacerlo? ¿Me piensa matar como en ese cuento suyo que me dio a leer, donde describe que quienes conocían la experiencia del clon de Borges, fueron asesinados?

—En principio — y Ospino lo dijo con una frialdad sarcástica que estremeció a Saker— sí pensé en amenazarlo con esa alternativa, profesor. Al fin y al cabo,

como ya se lo había dicho también, yo sí entiendo que para hacer tortillas es necesario quebrar huevos. En otro momento, pensé apelar sencillamente a su sentido del honor y pedirle que guardara silencio. Alguien como usted, me dije, no sería capaz de corresponder al regalo que le he hecho con la infame acción de publicitarlo a diestra y siniestra. Esa no sería de ningún modo una actitud agradecida. No obstante, luego me decidí por algo más simple y a la vez más azaroso. Simplemente dejaré a su criterio lo que usted debe hacer, usted es quien decidirá si vale la pena o no correr el riesgo de dar a conocer al mundo que existe un clon de Borges. Por supuesto, yo tengo un plan de contingencia en los dos casos. Si usted opta por la civilizada reacción de guardar silencio, sabe que de ahora en adelante podrá unirse al club más selecto del mundo, un club que puede disfrutar de modo exclusivo de la conversación y las obras de uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, un club que puede reírse de lo que acerca de la literatura y los literatos pretende saber el resto de la humanidad ignorante. Si, en cambio, usted decide hablar, lo único que puedo anticiparle es que se arrepentirá para siempre de haberlo hecho. Nada más. Nos encargaremos de destruirlo a usted y a todo aquello que usted más quiere Saker, usted quedará como el más grande idiota de todos los tiempos. Por supuesto, no le diré en concreto las consecuencias que su locuacidad le acarrearía, pues entonces la sorpresa no tendría gracia, pero créame que siempre tengo preparado un

plan B. Además, Saker ¿después de ver hasta dónde hemos llegado y cómo no ha existido barrera que nos detenga, cree que nos temblará la mano para aplastar, si es necesario, a alguien como usted?

Tras el almuerzo, Saker se retiró a descansar solo en el dormitorio que le habían asignado. Allí caviló acerca de la decisión que debía tomar en un caso como éste. ¿Qué era lo más apropiado? ¿Denunciar ante el mundo el experimento inicuo de Ospino y sus secuaces? ¿Guardar silencio y de este modo convertirse en cómplice de ellos? ¿Qué clase de retaliaciones tenía en mente Ospino, si Saker se atrevía a denunciar al clon? ¿Valía la pena aceptar la invitación a unirse a ese —de algún modo obsceno— club de observadores del Borges dos? ¿Qué pensaba el Borges dos de todo eso? Como a las tres de la tarde, Ospino pasó por la habitación y le sugirió a Saker que pidiera un permiso para ausentarse de la universidad por toda la semana siguiente.

—Por lo menos necesita estos días para leer el resto de la obra de Georgie y hablar con él mismo —apuntó. Saker convino con Ospino en que al día siguiente llamaría a la universidad y se inventaría, aun a riesgo de ganarse problemas con el jefe de departamento respectivo, cualquier excusa para ausentarse de ella por la semana completa. De este modo, aquella tarde el acaudalado anfitrión le entregó de nuevo a Saker otra obra del Georgie clonado: Una colección de ensayos titulada *¿Para qué otras inquisiciones?*. Sin abrirlo

siquiera, Saker supuso que el libro estaría irremediablemente relacionado con el clásico de 1952 del Borges uno llamado *Otras inquisiciones* y, tal como pudo comprobar al empezar a hojearlo, estaba en lo cierto. En el prólogo se advertía que el libro planteaba refutaciones a todos los ensayos que componían *Otras inquisiciones*. Así, por ejemplo, el ensayo uno proponía una síntesis de la tesis básica del texto *La muralla y los libros*, y luego procedía a refutarla. Lo mismo hacía después con los otros 34 textos que componen el libro de Borges uno. Eso era todo. Pese a que en un principio el formato de la obra no parecía ser atractivo y más bien podía ser acusado de monótono, lo cierto es que la lectura del texto desmentía tales pareceres. Los 35 “contraensayos” (si así podían llamarse) de *¿Para qué otras inquisiciones?*, no sólo eran amenísimos, sino que derrochaban una erudición, un talento y una elegancia dignos de competir con los del Borges uno. Por lo demás, estas confutaciones — pensó Saker — no estaban elaboradas con rabia o con las iras apoloéticas que son comunes en esta clase de libros, sino más bien con el deseo de jugar a partir de los materiales que el Borges uno había proporcionado en *Otras inquisiciones*. Nada más. En este volumen, el Borges dos simplemente rizaba el rizo con gracia, el Georgie clonado se burlaba del Borges uno con la misma ternura y consideración con la cual un hermano mayor se mofa de una creación de un hermano menor. Eso era todo.

Como a las nueve de la noche, Ospino invitó a Saker a tomar la cena, que transcurrió en completo silencio de parte y parte. Cuando Saker se puso la pijama y se acostó, se preguntó, dado que Ospino lo había dejado a su libre albedrío, si él estaba dispuesto incluso a arrostrar la muerte con tal de denunciar la payasada mórbida que hacía un par de días le habían estado mostrando.

10

La mañana del lunes, Abel llevó a Saker hasta un teléfono fijo y desde allí el profesor pudo llamar a la universidad donde trabajaba y avisar que, debido a una calamidad doméstica, debería estar fuera toda la semana. Asimismo, agregó que, cualquier inconveniente que pudiera surgir debido a su ausencia, lo arreglaría el próximo lunes cuando volviera a sus labores. La secretaria que le contestó al otro lado de la línea sonaba sorprendida, pero no dijo nada, se limitó a escuchar a Saker y replicarle luego que ella informaría todo al jefe del departamento. Sabiendo que se le vendría un lío encima, pues no estaba en capacidad de justificar su inasistencia por tantos días, Saker colgó de cualquier forma y se dijo a sí mismo, que ya después vería qué hacer. Por el momento, Saker preguntó a Abel —a propósito del teléfono que había usado— por qué desde el sábado a su celular no entraban llamadas ni tampoco podían salir desde él. —Todavía usted no está autorizado para ello —fue la lacónica respuesta del empleado de Ospino.

Durante el desayuno, Ospino le comunicó a Saker que en la mañana tendría la oportunidad de hablar con el clon de Borges todo cuanto quisiera. Así pues, tan pronto concluyeron la comida, Saker fue llevado hasta un salón. Al cabo de un momento, Ospino y Borges dos hicieron su aparición. A pesar de que había hablado con el clon, hacía apenas un par de días,

cuando éste se sentó en el mismo sofá donde Saker estaba, el profesor no dejó de sentir una suerte de “horror sagrado” (para emplear una expresión del Borges uno). Tras los saludos de rigor, Ospino se disculpó pues no podría estar durante la charla, debido a algunos asuntos que le requerían de modo urgente. Al principio, cuando Saker y el clon quedaron a solas, el primero no sabía por dónde comenzar. Además, no dejaba de sentir una extraña sensación mezcla de fascinación e incomodidad. Por fin, venciendo su propio enredo de emociones, Saker se lanzó al agua. —No sé por dónde empezar, Jorge... ¿si le puedo llamar así?

—Por supuesto, ése es mi nombre —contestó el Georgie clonado entre resignado y divertido.

—Jorge —inició Saker con ademanes desubicados—. Todo esto es tan raro ... no sé cómo calificarlo, el venir hasta acá, el saber que usted existía, el conocerlo, el leer cuatro de sus obras, el hablar con Ospino... ¿No le parece que toda esta situación tiene un tinte, como decirlo, inusual?

Borges dos miró al techo de la sala por un momento, como si estuviera buscando con cuidado las palabras que deseara pronunciar.

—Todo el universo es inusual — balbuceó con un dejo de claudicación—. Todo es extraño. Es extraño este planeta que —hasta donde sabemos hoy en día— parece ser el único que alberga vida con cierta capacidad de raciocinio, son extrañas las leyes físicas o químicas a las cuales estamos sujetos, es extraño

que el hombre deba padecer el nacimiento, el envejecimiento o la muerte, es extraño ese suceso inverosímil que es el amor, es extraño el mal, extraño el bien, extrañas la noche y el día, extraña la sal, extraño el viento, extraños los libros o la música... Yo más bien invertiría su pregunta Antonio; si sabemos mirar ¿hay algo que no sea extraño? ¿hay algo que no sea inusual? Por supuesto, yo entiendo que usted quiere referirse, en específico, a mi situación; al hecho de que yo sea un clon, al hecho de que me encuentre confinado en esta hacienda, a que esté dedicado solamente a escribir y, de cuando en vez, a publicar para un reducidísimo número de lectores, al hecho de que no esté llevando a cabo una carrera literaria a la manera en que hoy la entiende el mundo, al hecho de que, si me miro al espejo, encuentro que soy físicamente idéntico al Borges uno hasta en la última cana. Sé que a eso se refiere.

—Sí. A eso me refiero —reiteró Saker.

—Pero lo que quiero decirle es que esas situaciones “inusuales”, como usted las llama, si las pienso un poco, a mí no me parecen tan distintas de las que experimenta la gente en su vida cotidiana. El hecho de ser un clon no es otra cosa que ser una suerte de hijo del Borges que murió en 1986 en Suiza. Ese primer Borges, según lo conoce el mundo fuera de esta hacienda, murió sin dejar descendencia, pero usted, yo y unos pocos más sabemos que están equivocados. Eso es todo. El hecho de que me encuentre confinado en esta hacienda, tampoco es algo tan insólito

como parece. Creo que Miguel ya le refirió que hace años viajé por numerosos países del mundo antes de venir a instalarme en este lugar. La verdad es que, salvo las diferentes lenguas y una que otra costumbre meramente superficial, los otros países y habitantes que conocí no podían mostrar nada distinto a lo que usualmente puedo ver entre los trabajadores y personas que comparten conmigo la vida cotidiana en esta hacienda. El hecho de que no pueda salir de esta finca no me parece ninguna tragedia, al fin y al cabo todos los seres humanos estamos encarcelados en una misma prisión un tanto más amplia llamada Planeta Tierra. Por otra parte, con los libros, televisión y películas que tengo a mi disposición, el tiempo se me va sin que lo perciba. Si a veces lo deseo, puedo dar paseos a pie por esta gigantesca propiedad. Como decía el primer Borges, los desplazamientos espaciales, así sean a la Luna, no son nada del otro mundo, de lo único que valdría la pena evadirse es del aquí y el ahora y el problema es que el hombre está condenado a estar, desde su nacimiento hasta su muerte, inserto en un aquí y un ahora. Como todos los humanos, quisiera más bien poder evadirme del espacio y el tiempo, esas sí son las verdaderas cadenas y los auténticos límites.

—¿Ha pensado suicidarse?

—¿Quién no ha pensado suicidarse? —musitó el clon.

—¿Podría hacerlo si quisiera?

—Supongo que sí pero, y esto no me lo va a creer, siento una infinita curiosidad por saber a dónde ira a

parar todo esto, cómo finalizará. Creo que esa curiosidad es la razón fundamental por la cual sigo vivo, quiero ver en qué acabará este experimento.

—¿Aun cuando sea usted mismo el experimento? —interrogó Saker en tono acre.

—Todos somos un experimento —replicó el clon en tono sosegado—. Somos un tanteo o una prueba que lleva a cabo la naturaleza o Dios o quién sabe quién. Usted también es un experimento en tanto nunca antes en la historia del universo o de la humanidad había existido un ser con sus peculiares características.

—Pero ése es el punto —recalcó Saker—. En su caso sí ha existido ya alguien con la misma dotación genética suya, usted es sólo la segunda edición de un mismo libro.

—Todos los hombres sólo somos reediciones de Adán o de quien haya sido el primer hombre ¿no le parece?

—Pero yo no soy un clon —exclamó Saker abruptamente—. ¿Si entiende eso?

—Es al revés, Antonio ¿quién no es un clon? En usted y en todos los hombres que hayan existido y en todos los hombres que existirán, se repiten de manera milimétrica todas las ansias, deseos y pensamientos que han tenido todos los seres humanos desde Adán hasta nuestros días. Los hombres —ricos o pobres, reyes o mendigos, sabios o zafios— son siempre esencialmente los mismos. Usted, como yo, sabe que los hombres de hoy son básicamente los mismos de ayer y los mismos de mañana, sólo cambia el *attrezzo*, la escenografía. Tan clones somos todos los humanos, que distintas tradiciones como la judía o la cristiana, siem-

pre han afirmado que todos los humanos sólo somos miembros de un mismo cuerpo. El único ser humano que podría reclamar el título de que no fue un clon, fue ese Jesús de Nazaret que afirmaba que él era y no era humano, que era hombre y Dios. En la perspectiva cristiana — si el cristianismo fuera verdadero — lo correcto sería aseverar que, salvo Jesucristo que pertenece y no pertenece a la naturaleza humana, todos los demás humanos somos clones, “cortados por la misma tijera”, como dirían aquí en Boyacá.

En este punto una sonrisa se asomó a los rostros de los dos interlocutores.

—Cuando usted me llama clon —prosiguió Borges dos—, lo que en realidad desea expresar es que mi apariencia física es la misma del Borges uno y que yo no he sido engendrado del mismo modo que el resto de seres humanos. Nada más. Porque —como habrá advertido— todos los hombres y mujeres del mundo sólo somos copias al carbón de esos primigenios Adán y Eva de que hablan ciertos textos.

—Se le olvida algo más. Usted escribe unos textos tan buenos o mejores que los del Borges original. Sé suficiente literatura como para percatarme de que usted, aun sin que lo conozca alguien, es un clásico universal.

—Solamente seré otro escritor perdido en la historia, como tantos que han existido ¿qué hay con eso?

—Que si usted jamás es conocido por el grueso del público, ese desconocimiento sería equivalente a que

la humanidad nunca hubiera sabido de las obras de Kafka, Wells o Hawthorne.

—¿Y qué hubiera ocurrido si la humanidad no hubiera podido conocer a Kafka, Wells o Hawthorne? Yo le puedo contestar. Nada. Absolutamente nada. El mundo de la literatura se hubiera quedado sin explorar los particulares universos creados por esos autores y, probablemente, no hubieran existido los epígonos de esos mismos escritores, pero eso hubiera sido todo. Me cuesta creer, para asumir uno de sus ejemplos, que por ignorar la humanidad la obra de Kafka, se hubieran sucedido hechos peores que la Segunda Guerra Mundial o el nazismo. Además, es muy factible que, aun sin el concurso de Kafka, otro escritor habría explorado universos semejantes a aquellos en los que incursionó el tísico de Praga. En otras palabras, aun sin el Kafka que hoy conocemos, es plausible que en su infinita combinatoria de genes, la naturaleza hubiera producido otro escritor muy semejante en estilo y obsesiones al Kafka que hoy admiramos.

—Pero si no hubiera existido un escritor como Kafka, nuestra sensibilidad sería distinta.

—¿Está seguro? Creo que acabo de decirle que si Kafka no hubiera existido, hubiera aparecido alguien con una visión muy similar. En ese caso, la sensibilidad de nuestro mundo habría sido muy semejante a la que conocemos después de Kafka.

—Es que no sé cómo explicarlo —se lamentó Saker—. El hecho de que el mundo no lo conozca me parece un hecho que bien puede ser un crimen o una tragedia.

No sólo es una tragedia estética, me parece criminal que el mundo ignore que ya alguien ha jugado con el legado genético para crear un clon como usted. Algo dentro de mí, me dice que Ospino y sus amigos en este asunto, deberían ser detenidos. El hecho de poseer todos los millones del mundo no los faculta para cometer los delitos que han cometido: Han jugado con el genoma humano y tengo el presentimiento de que usted no es el único experimento que han realizado, lo mantienen a usted secuestrado...

—¿Por qué utiliza esa palabra “secuestrado”? —interrogó Borges asombrado.

—¡Porque eso es lo que hacen con usted! —casi gritó Saker— ¡Usted no es libre de moverse libremente, no es libre para abandonar esta hacienda!

—¿Pero qué le hace pensar a usted que yo deseo abandonar esta hacienda o que me encuentro aquí en contra de mi voluntad? Lo cierto es que no tengo deseos de abandonar este lugar ¿Qué podría encontrar allá afuera que ya no tenga aquí? Aquí tengo comida, un techo, me cuidan varios médicos y con todos los libros que tengo, nunca me aburro. Además, como ya se lo mencioné, cuento también con TV, películas y la posibilidad de hacer ejercicio caminando siempre que lo desee. Fuera de lo anterior, cuando quiero escribir, lo hago, Miguel recoge mis textos y, si yo se lo solicito, los manda imprimir. ¿Qué más podría pedir? Créame que la fama y el ser conocido por la historia, me parecen una niñería. Es más. A veces he llegado a pensar que si al primer Borges, le hubieran ofrecido

llevar la clase de vida que yo llevo aquí recluido, él no hubiera dudado un segundo en aceptar, estoy seguro que el Borges original me habría envidiado. Él mismo lo proclamó en cualquier cantidad de entrevistas y conversaciones: Cuando le llegó la hora de la fama y la publicidad, simplemente lo aceptó como algo inevitable, se resignó a ser una figura mediática igual a como se resignó cuando se fue quedando ciego o fue entrando en la vejez. Yo, en cambio, cuento con una ventaja sobre el primer Borges: No estoy obligado a exhibirme como una estrellita de farándula, no soy un siervo de la popularidad. Por otra parte, y se lo repito, sé que si saliera de esta hacienda sólo encontraría lo mismo que encuentro aquí: Al tiempo, al espacio, a mí mismo y a los demás.

Saker se quedó mudo. Por un momento se rascó la cabeza y luego volvió a preguntar.

—Jorge ¿usted no se siente algo así como un juguete de Ospino?

—Claro que sí — contestó Borges mientras Saker le advertía una mirada traviesa—. Pero de nuevo, tendría que darle la vuelta a su pregunta ¿quién no es un juguete? Todo ser humano es un juguete de Dios, de algún demiurgo, de Satán, del destino o del acaso ¿qué hay de particular en que yo sea el juguete de esos otros juguetes que son Miguel Ospino y sus asociados? ¿Qué ocurre si yo también deseo ser un juguete de otros?

—Pero cualquier persona desearía ser libre.

—De nuevo le contrapregunto, Antonio ¿ser libre para qué? ¿qué hay fuera de esta hacienda que sea distinto a lo que me topo en ella todos los días? ¿a qué se refiere usted? ¿por ejemplo, a la posibilidad de conquistar mujeres? En una ocasión, Miguel me preguntó si yo deseaba tener sexo con una mujer y que si la respuesta era positiva, él traería una chica hasta este lugar. Yo le contesté que no lo deseaba, que al tener sexo con una mujer era probable que me enamorara y que empezara a sentir deseos de estar todo el tiempo con ella y que, en realidad, yo lo que deseaba era no tener deseos. El tener sexo con una mujer y el enamorarme, aumentarían mi sed —le dije— no la extinguirían. Yo quiero estar más allá de los deseos Antonio, sé que en ese hecho radica la única posible calma.

De nuevo Saker se sintió perplejo. Mientras el clon le contestaba, al profesor le confundió la tranquilidad con la cual asumía su condición, la ausencia de quejas o resentimientos. En el rostro del clon sólo se traslucía serenidad, un muy peculiar silencio.

—Entonces —reinició Saker el interrogatorio— ¿no le molesta el estar solo? ¿no le disgusta esta vida de anacoreta que lleva?

—Yo podría hacerle la pregunta inversa Antonio ¿no le molesta esa vida sumida en las vanidades y el bullicio del mundo? ¿No ha sentido que quisiera otra vida donde pudiera guardar silencio y aquietar su corazón?

—Sí.

—En ese caso, el desdichado es usted Antonio, no yo.

Saker suspiró. El clon tenía razón. Ser profesor en una universidad era una de las formas de la desdicha.

—Creo que —como lo dijo alguna vez el primer Borges— todos los seres humanos somos desdichados por el simple hecho de ser humanos. Somos desdichados usted, yo, Ospino, los socios de Ospino en esta inextricable empresa que es usted, los trabajadores de esta hacienda, los alumnos y profesores de mi universidad, las personas que habitan Colombia, las personas que habitan el mundo. Suelo pensar que si, algún día se descubre que existen extraterrestres con capacidad de raciocinio y voluntad, quedaremos asombrados al darnos cuenta que ellos también son desdichados.

—Por allí hay un teólogo suizo llamado Hans Urs von Balthasar —observó Borges en voz un tanto cascada— que afirma en algún libro que el conocimiento primordial para todo ser humano, más importante que cualquier otro conocimiento, es saber que él es una criatura. Eso implica, entre otras cosas, que por ser criatura siempre será incompleto a diferencia de Aquel que lo creó, implica también que por ser incompleto su corazón nunca podrá hallar la calma en sí mismo, que por ser incompleto nunca hallará la dicha total en sí mismo. En últimas —agregaría yo— reconocerse criatura entraña reconocer que uno jamás podrá proporcionarse a sí mismo toda la felici-

dad que desea, que esa felicidad deberá buscarla en otro que le dio forma, en Dios.

—¿Usted cree en Dios?

—Con total certeza, por supuesto que no. No obstante, como tantas veces se ha dicho, este universo es tan extraño que no me asombraría si Él existe.

—¿Qué cree que podría pensar Dios de su caso y de su condición?

—Recuerde que una y otra vez, los teólogos a lo largo de la historia han demostrado que Dios no piensa, que en Él no hay un antes y un después y que, por ende, no hay un pensamiento en sentido estricto (que por definición demanda un momento en que no haya existido tal pensamiento, otro momento en que aparece la idea y otro en que la idea se ha hecho pasado). Pero bueno, yo entiendo lo que usted quiere decir. Al fin y al cabo, los teólogos también han demostrado que cuando se habla de Dios, siempre se lo está haciendo de modo metafórico e inadecuado. ¿Qué podría “pensar” Dios de mi caso? Supongo que si Dios es tan misericordioso como pregonan los cristianos, Él sólo puede sentir por mí esa misma compasión infinita que siente por cualquier criatura, sea una termita o Parménides, el eleata. Si Dios es indiferente como proclaman algunos filósofos tipo Spinoza, es obvio que a él le da lo mismo que yo sea el Borges uno, el Borges dos o el Borges novecientos catorce. Fíjese que en ambos casos, Dios carece de matices: O ama absolutamente a todos o es totalmente insensible respecto de todos. ¿Qué clase de

Dios sería Uno que quisiera a unas criaturas más que a otras? ¿Por qué querría más a unas criaturas que a otras? Esas son dos buenas preguntas. Por otra parte, no responde de modo específico a su pregunta acerca de lo que podría “pensar” Dios acerca de mí, pero no quisiera dejar pasar la ocasión, para comentarle algo en lo cual he cavilado varias veces. En ocasiones —y aquí el clon sonrió como para sí mismo— he imaginado qué ocurrirá conmigo una vez muera, si algunas religiones tienen razón y resulta que después de esta vida sí existen un cielo o un infierno. Supongamos que, después de todo, yo no haya sido tan malvado aquí en este mundo y después de mi muerte yo vaya a parar al cielo. Supongamos también que el Borges uno, tampoco haya sido muy malvado y después de su estadía en este planeta, también haya logrado conseguir su pasaje de entrada a ese mismo cielo. ¿Qué va a suceder en el cielo cuando nos encontremos el Borges uno y yo? ¿Será como en algunos cuentos del Borges uno —y también en otros míos— donde el primer Borges se encontraba consigo mismo? A veces pienso que si el primer Borges me encuentra en el cielo, no podrá creer que la humanidad haya sido tan fatua como para encontrar la forma de repetirlo. En un primer momento —imagino— el Borges número uno se reirá al verme y pensará que es una broma de Dios. “¿Para qué repetirme como si estuviera en un espejo?”—preguntará—. Luego, con toda la vergüenza del mundo tendré que explicarle que yo, el Borges número dos, sí soy real y que no se encuentra

ante una chanza del Todopoderoso. Entonces el Borges número uno sonreirá y me observará atentamente, se sorprenderá cuando note que verme a mí es como mirarse a un espejo, pero con la diferencia de que uno nunca puede tocar a su reflejo en el espejo pues siempre hay un cristal entre la persona y la imagen, y en este caso eso no ocurre así. Me figuro que el Borges número uno alargará una de sus manos y me palpará la cara, el cuello, los brazos, comprobará que yo soy de carne y hueso, y entonces prorrumpirá en una carcajada. “Después de todo, la humanidad es más pueril de lo que pensaba”—dirá—. “¿Qué objeto tiene repetir mi apariencia física?”—preguntará—. Luego, el Borges número uno me interrogará sobre mi vida y me verá obligado a decirle que yo también he escrito algunas obras; él me las solicitará, yo se las mostraré (pues supongo que la biblioteca del cielo contiene todos los libros que alguna vez hayan sido producidos por el hombre o por cualquier otra especie medianamente racional), y entonces él las leerá. Cuando las lea todas, al rostro del Borges número uno asomará de nuevo una sonrisa, y me dirá que se ha divertido mucho y que a veces mis modestas líneas no estaban exentas de poesía. Creo que ese reconocimiento que ocurrirá por fuera del espaciotiempo, apreciado Antonio, será todo el reconocimiento que yo alguna vez conseguiré y tal vez de los pocos reconocimientos que deseo.

—Jorge, también tiene el reconocimiento del puñado de lectores que le hemos leído.

—Sí, es cierto.

—Entonces ¿a qué otros reconocimientos se refiere cuando habla de “los pocos reconocimientos que deseo”?

—Al más importante de todos, por supuesto, al de Dios.

—Pero usted dijo que no estaba seguro de la existencia de Dios.

—Exacto, eso implica que Dios no es una total imposibilidad, que hay una probabilidad de que exista. Si ese ser omnipotente es un hecho real, entonces el reconocimiento que vale la pena conseguir es el de Él, no el de las innúmeras criaturas que Él ha creado. Saker se detuvo un instante a pensar y concluyó que la tesis de Borges era lógica. Si Dios era omnipotente, entonces era la total inteligencia; si era la total inteligencia, un reconocimiento de parte de esa totalidad, era más que la suma de los reconocimientos de todas las insignificantes inteligencias de las criaturas. Al fin y al cabo, siendo una, la inteligencia de Dios siempre sería más que el resultado de sumar todas las pequeñas inteligencias de todas las criaturas de los universos. En ese momento Saker entendió otra de las razones por las cuales al Borges número dos no le importaba el total desconocimiento de su existencia y de su obra por parte de la humanidad.

—Lo que usted dice es coherente, Jorge —retomó la palabra Saker—, pero ¿qué ocurre si Dios no existe? En ese caso no habría ninguna inteligencia perfecta que reconociera su existencia y su obra, en ese caso tampoco se encontrará jamás con el Borges número uno.

El Borges número dos se mesó la barbilla con una mano.

—Si Dios no existe, entonces no hay nadie que pueda reconocer hasta en su menor significado, valor y dimensión una obra. Dice en algún libro C.S. Lewis, que sólo Dios puede hacer una crítica perfecta de la vida y la obra de un hombre, que las demás críticas están condenadas a ser imperfectas, incompletas e injustas. Y bueno, esa idea es correcta porque si Dios existe, sólo Él conoce hasta el último rincón o motivación de un alma humana; por definición, ante Él sería imposible ocultar algo. De acuerdo con esa tesis y si aceptamos que Dios no existe, entonces se concluiría que nadie nunca obtendrá el reconocimiento que le es debido. Si alaban tu obra es porque no la han entendido y si la vituperan es porque tampoco la han entendido. En ese caso, da lo mismo que uno se gane el Premio Nóbel de Literatura y todos los ditirambos del mundo, o que uno pase desapercibido. En ambos casos estarían siendo injustos contigo. ¿Se da cuenta Antonio que otra vez llegamos a mi conclusión de siempre? Da lo mismo ser aclamado por el planeta Tierra que quedarse toda la vida en esta hacienda boyacense siendo conocido sólo por unos pocos.

—Su conclusión, Jorge, es peculiarísima y jamás se me había ocurrido —aceptó Saker asombrado—. Sólo hasta ahora que hablo con usted, caigo en cuenta que la única posibilidad de una crítica correcta o impecable acerca de una vida y una obra, demanda el conocimiento pleno de esa vida y esa obra, y que eso sólo sería posible para una mente a la cual no se le escape ni el menor matiz, en otras palabras, eso sólo sería posible para una mente como la de Dios.

—Me ha comprendido bien —dijo Borges.
—La fama es una incomprensión...
—Tal vez la peor de todas.

Los dos hombres sonrieron.

11

La tarde de ese lunes, Saker fue llevado por Ospino a un lugar entre peculiar y retorcido. Después del almuerzo, el millonario le subió a un auto y le condujo hasta uno de los límites de la hacienda en que se encontraba. Había allí un enorme edificio y ante la entrada, al aire libre, una tremenda placa de mármol de unos tres metros de altura, con un poema cincelado en ella:

*Borges en las paredes
en las manos
en los pies
en mis vísceras
detrás de cada palabra
dentro de cada palabra*

El Borges dentro de mí

*Borges ojo
Borges máquina
Borges pez
Borges mayor que el universo, más diminuto que el átomo,
más mujer que cualquier mujer
Borges macho
Borges hembra
Borges sentado a la derecha del Padre
engendrado, no creado*

de la misma naturaleza del Padre por quien todo fue hecho
Borges anhelado, hipócrita, criminal, santo, medio, fin, carne,
ombligo, muerte
Borges escribiendo todo, llamando todo, borrando todo
Borges demasiado enorme para este planeta
mole de palabras en medio del tiempo

Por un momento, Saker leyó el poema y luego miró a Ospino.

—¿Usted lo escribió?—preguntó el profesor.

— No —contestó Ospino—. Fue otra persona.

En silencio, la pareja ingresó a la edificación que, una vez adentro, no era otra cosa que una galería de arte con lo que se espera de una galería de arte, es decir, pinturas, esculturas, grabados y otros objetos a los cuales podría adscribirseles el adjetivo de “artísticos”. Lo singular de la colección era que todas las pinturas, esculturas y demás objetos que Saker tuvo la oportunidad de ver en las distintas salas, sólo eran variaciones sobre un mismo tema: Borges. El profesor pudo ver allí, cientos y cientos de obras plásticas que jugaban hasta la náusea con la figura de Jorge Luis Borges en todas las técnicas, estilos, tamaños y materiales concebibles. Entre los cuadros que primero le llamaron la atención había un acrílico de unos dos por tres metros que representaba a un Jorge Luis Borges desnudo en un ataúd, mientras una multitud de individuos también desnudos le observaba extasiada. Otro cuadro se llamaba “Borges y los enanos” y, de modo predecible, mostraba a un Jorge Luis Borges de saco y corbata y

de unos cuarenta años de edad, rodeado de cientos de enanos multicolores que le estaban viviendo. Otro cuadro se llamaba “Pezón de Borges” y representaba un inmenso pezón masculino y blanquísimo de un par de metros de altura. Nada más.

—¿Cómo se comprueba que este pezón sí es de Borges? —preguntó Saker—. Si el rótulo bajo el cuadro no me lo indicara, me parecería un pezón como cualquier otro pezón masculino en la especie humana.

—Ante este cuadro yo me he hecho la misma pregunta cientos de veces, Saker —contestó Ospino—. No obstante, creo que el artista que lo pintó, lo hizo con esa precisa intención: Suscitar esa pregunta que usted acaba de hacerme. Poner a pensar al espectador si se justifica retratar un pezón tan común y corriente como el de Borges. Hacer pensar al espectador que en Jorge Luis Borges también existían aspectos vulgares que deben ser misericordiosamente olvidados. Obligar a reflexionar en el hecho de que Borges no podía vivir sin sus pezones y en cambio todos sus admiradores no solemos considerar esas ordinarias protuberancias que para él eran capitales.

—Ahora que lo pienso —comentó Saker—, ese sería un buen título para un ensayo sobre el tema. Se titularía “Sobre los pezones de Borges”, aun cuando no sé qué clase de especulación podría contener.

Caminando entre una y otra obra, de repente Saker se detuvo sorprendido ante una escultura. Era ésta una creación en bronce denominada “Borges priápico”

que representaba a un Borges juvenil de unos dos metros y medio de altura, cuyo falo era larguísimo y acababa siendo una tercera pierna en la cual se apoyaba la figura.

—Ante éste —apuntó un Saker en cuyo rostro se adivinaba cierta malicia — me vuelvo a quedar sin palabras. Nunca me hubiera imaginado a Borges en el papel de una suerte de dios de la fecundidad o de la potencia sexual. Es chistoso. Incluso me atrevería a decir que en el escultor de esta obra hay una intención de burlarse de Borges.

—Sí, es cierto —complementó Ospino—. En primer lugar hay una mala intención en el artista, el deseo de caricaturizar a Borges parangonándolo con ese ridículo y obsceno dios griego que era Priapo. En segundo lugar, la imagen suele hacerme pensar en ese aspecto tan desconocido en Borges: su vida sexual. Como en el caso de “Pezón de Borges”, uno tiende a considerar que la vida sexual del Borges número uno, es algo que debió ser tan banal como la mayoría de sexualidades humanas. Que Borges haya sido o no, un gran amante, parece que poco o nada influye en sus obras.

—Por supuesto, un psicoanalista no estaría de acuerdo con lo aseverado por usted —replicó Saker—. No obstante, Miguel, yo soy de su misma opinión, creo que conocer cómo fue la vida sexual de Borges sin duda puede iluminar algún aspecto de sus creaciones, pero tampoco creo que uno se pierda de mucho si no considera la relación entre vida sexual y narrativa de Borges.

Luego la pareja se detuvo ante “Borges negro”, un magnífico cuadro que mostraba cómo hubiera sido el rostro de Jorge Luis Borges si él hubiera sido de raza negra. Observaron también extravagancias diversas como “Borges cargando la cruz”, una absurda ironía con la imagen de un Jorge Luis Borges ya anciano y cargando una cruz camino de un inimaginable calvario; “Borges se transforma en guitarra flamenca”, rarísima pintura donde un Borges de edad madura contemplaba con horror como su cuerpo comenzaba a guitarrizarse, es decir, a adquirir la forma de una guitarra; “Borges tenis”, un objeto exhibido en un pedestal que consistía en un par de tenis en cuya tela se jugaba de múltiples formas con rostros de Jorge Luis Borges; “Borges niño destripa un gato”, óleo tremendista cuyo tema ya podrá imaginarse; “Cuatrocientos ojos de Borges”, bizarra composición de una figura pseudoabstracta con los ojos de Borges repetidos cuatrocientas veces; “Borges asciende a los cielos”, acrílico sobre madera que en la parte de abajo permite observar a Borges falleciendo, y en la parte de arriba a toda la corte celestial saliendo jubilosa a recibir el alma de Borges; “Borges se aburre en el cielo”, cuadro ultraazulado que continuaba al anterior y mostraba a un Borges sentado y con expresión de tedio eterno, mientras miles de bienaventurados danzaban sin prestarle atención; “Borges flor cuatro”, un inexplicable retrato de un Borges que era a la vez una flor y a la vez un número cuatro; “Borges gota”, donde todas las gotas que estaban cayendo un día

de lluvia tenían la forma de diminutas cabecitas de Borges; “Satanás visita a Borges”, otro óleo donde se observaba un Borges dormido con rostro plácido en un lecho, mientras diversos demonios aterciopelados del tamaño de un dedal se aglomeraban sobre su pecho; “Borges gana el Premio Nobel”, comiquísima pintura donde Borges recibe el Premio Nóbel de Literatura en medio de académicos suecos, ángeles altísimos, conejitos, fetos danzantes, dragoncitos de peluche, mujeres sin ropa y un mar de burbujitas níveas; “Borgecitos”, una obra consistente en cientos de pequeños muñecos Borges de felpa, aglomerándose en el rincón de un cuarto; “Borgicidio”, que representaba un asesino que acababa de liquidar de un disparo a Jorge Luis Borges, en la pintura se observaba un Borges tirado en el piso de una habitación y con la cabeza ensangrentada por efecto de un balazo, mientras el asesino daba la espalda al espectador y caminaba resuelto hacia la puerta del cuarto.

Luego la pareja de Saker y Ospino observó otras obras. “Convención de escritores en la playa”, un cuadro muy oscuro que mostraba a grandes escritores de la humanidad como Dante, Milton, Shakespeare, Tolstoi o Borges, estacionados en una playa y observando desesperanzados al mar. “Nueve mujeres desnudas en el lodo”, donde un grupo de perturbadoras y enigmáticas mujeres desnudas perseguían a una figura de Borges que, estando también sumida en el lodo, pretendía escapar de ellas. “Borges lucha con

Batman”, una gigantesca ilustración hipercoloreada donde un Borges ultramusculoso y en calzoncillos luchaba contra un Batman también hipertestosteronizado. “Nacimiento de Borges”, que retrataba una alcoba donde la madre de Borges estaba dando a luz y una partera observaba con sorpresa que un pequeño Borges brotaba del útero materno ya con carita de viejo, con vestidito formal, corbatita, zapatitos y un librito en una de las manitos. “Momento exacto de la concepción de Borges”, una composición fotográfica que mostraba al padre y a la madre de Borges desnudos, el padre de Borges estaba penetrando con su pene a la madre y se suponía que en ese agresivo instante coloreado también de modo provocador, se estaban encontrando el espermatozoide y el óvulo que producirían a Jorge Luis Borges. “Asesinato”, inquietante óleo sobre lienzo de un aguzado expresionismo donde una María Kodama con una mueca sádica en el rostro estaba rajándole el cuello con un cuchillo de matarife a un Borges que yacía en el suelo totalmente aterrado y atado de pies y manos. “Borges llora al contemplar el estado de la literatura argentina”, un magnífico fresco de estilo neoclásico deliberadamente kitsch y de tonos rosa, donde un Borges que se encontraba de pie ante los principales escritores argentinos de todos los tiempos, estallaba en un llanto inconsolable; en esta obra llamaba mucho la atención un diminuto William Shakespeare caricaturizado que procuraba calmar el llanto de Borges prestándole un pañuelo. “Aterrizaje”, un acrílico pop de colores pla-

nísimos donde un Borges de rostro incrédulo era testigo del aterrizaje de un ovni.

Tras varias horas de recorrido, Saker y Ospino abandonaron la galería y aprovechando que hacía aún un final de tarde cálido y soleado, por un instante se sentaron en el césped y al aire libre.

—Y bien Antonio— preguntó Ospino— ¿cuál es su opinión sobre lo que acaba de ver?

Saker se sentía aturdido e incluso con cierto dolor de cabeza. — Disculpe Miguel —comenzó—. Antes de darle mi opinión respecto de lo que he visto (que por lo demás no cuenta con la importancia que por instantes usted pareciera atribuirle), ¿no sería tan amable de obsequiarme una aspirina para el dolor de cabeza que siento?

Con gesto de cierta sorpresa, Ospino llamó por un celular a Abel y en unos minutos apareció un campero con un par de trabajadores trayendo el analgésico deseado por el profesor. Una vez Saker se tomó la aspirina y un vaso de agua, Ospino les ordenó a sus hombres que los dejaran solos y entonces el profesor volvió a hablar.

—En esta hacienda voy de sorpresa en sorpresa —comenzó—. Primero me sorprendió la historia del segundo Borges, luego sus obras, luego la entrevista con este Borges número dos... Ahora me encuentro con una galería que, sinceramente, ya no sé cómo ca-

lificar. Desde un punto de vista puramente estético, los cuadros, esculturas y objetos que aquí se exhiben son asombrosos, misteriosos, a veces incluso bellos. Mientras recorría los pasillos y salas con usted, una y otra vez me preguntaba dónde termina su devoción por Borges y dónde empieza su obsesión con él. Porque en esta singular colección suya no sólo se palpa la franca veneración y admiración que usted siente por Borges, sino también que por momentos usted pareciera mentalmente enfermo, la vida y obra de Borges parecen haberse enseñoreado de su alma de un modo que ya no es sano. Ni siquiera yo, que me considero un admirador de Borges, sería capaz de caer en lo que hace usted, es decir, desayunar Borges, almorzar Borges y cenar Borges todos los días de la semana, todas las semanas de un mes, todas las semanas de un año y todos los años de una vida. Hay en esta colección un deseo de no dejar que ninguna posibilidad de Borges se escape; que si Borges no fue asesinado, sea asesinado; que si Borges no se ganó el Premio Nobel de Literatura, aquí sí se gane el Premio Nobel de Literatura; que si Borges no perteneció a la raza negra, aquí sí pertenezca, así sea bajo la forma de una escultura, a la raza negra; que si Borges nunca luchó contra Batman, aquí sí luche contra la figura del cómic. En esta numerosa colección suya palpita el deseo de explorar todo lo que Borges no fue, de percibir de algún modo todos los Borges posibles que nunca llegaron a realizarse. Es más...

Saker se interrumpió por unos momentos. Estaba visiblemente confuso, se advertía que aún le dolía la cabeza y que en su interior libraba una batalla para decir algo que no se atrevía a decir, o por encontrar las palabras adecuadas para expresar las ideas que acudían a él. Ospino, por el contrario, observaba a su interlocutor con una frialdad rotunda. El viento comenzó a mover las hojas de los árboles.

—Es más —repitió Saker— creo que al Borges número dos usted lo concibe como un objeto más de esta peculiar galería. Usted ha clonado a Jorge Luis Borges por la misma razón por la cual ha conseguido los objetos de arte de este lugar: para que no se le escape ninguna posibilidad de Borges. Lo que me aterra de usted, y se lo digo así en su misma presencia, es que siento que al Borges número dos usted lo concibe tan objeto como estas pinturas y esculturas. El Borges número dos es para usted otro artículo de colección como estos artículos de colección que hemos contemplado esta tarde. Pareciera que usted no logra diferenciar entre un ser humano — que eso es el clon de Borges— y estos óleos o bronce. Además, por momentos daría la impresión que usted no percibe a Borges como un ser humano más— que eso fue, aunque extraordinario—, sino como una suerte de dios. Diré algo de modo brutal. Mientras caminaba a su lado por los pasillos y salas de esta galería, pensaba que usted pareciera experimentar una atracción homosexual hacia Borges...

Aquí Saker se detuvo, mientras Ospino ponía cara de extrañeza.

—Antonio —carraspeó Ospino—admitirá que su comentario no es para nada cortés.

Saker cerró los ojos, volvía a experimentarse embrollado.

—Discúlpeme —dijo—. Le advertí que le diría algo brutal. Yo mismo no sé por qué no me lo callé... Algo me pasa. Me parece que pese a la excelsa calidad pictórica y escultórica de las obras depositadas en este sitio, aquí hay algo morboso, enfermizo. No sé.

—¿Yo le parezco morboso y enfermizo?— preguntó Ospino con cierto tono condescendiente en la voz.

—¡Sí! —contestó Saker como revolviéndose contra sí mismo—. Mentiría si digo lo contrario. Ya le dije que usted hace rato traspasó la devoción por Borges y se ha sumido en otra cosa que es una obsesión. Pareciera —para usar terminología de psicólogos— que lo único que le da cierto sentido a su vida es poseer a Borges de todas las maneras posibles... Por eso le acoté lo del homosexualismo tal vez inconsciente. Otra vez no tengo claro todos los pensamientos y sensaciones que usted y su colección me producen.

En este punto un pesado silencio cayó sobre el ambiente. Saker lucía como si la aspirina que se había tomado hacía un rato, no le hubiera hecho mucho efecto. Ospino parecía entre contrariado y altivo.

—Creo que fue por observaciones como esas que le

hice venir, Antonio —rompió el silencio Ospino—. Esa última sugestión suya, quizá sea descortés, pero tiene algo de verdad. Fíjese que ahora que usted lo menciona, en alguna época imaginaba mucho qué hubiera sentido yo, si hubiera sido mujer y hubiera tenido sexo alguna vez con el Jorge Luis Borges número uno. De hecho, con algunos amigos a menudo yo bromeaba afirmando que Borges era tan fascinante, que lamentaba no haber nacido en el sexo femenino para haber tenido la oportunidad de casarme con él. De hecho, ahora que yo mismo lo menciono, George dos ha escrito una novela que usted no ha leído y que trata de cómo hubiera sido la vida de Jorge Luis Borges si él hubiera sido mujer y no hombre.

—Eso es sencillamente imposible —repuso Saker—. Para usar la terminología aristotélica, digamos que el ser hombre en Borges es algo sustancial, no accidental. Jorge Luis Borges sólo puede ser tal si pertenece al sexo masculino, el ser masculino o femenino en un ser humano es parte de lo fundamental de él, no es un elemento accesorio. Por esa misma razón, un Jorge Luis Borges femenino es una contradicción lógica, una imposibilidad. Si Jorge Luis Borges hubiera sido mujer, sencillamente no habría sido Jorge Luis Borges, sino otro ser humano.

—Seguramente usted tiene razón —respondió Ospino—, pero usted sabe que en el reino del lenguaje y de la ficción literaria, esas contradicciones lógicas, aporías o imposibilidades, sí que pueden ocurrir ¿no es cierto?

—Sí, es verdad.

Por varios instantes, mientras anochecía y el frío se iba apoderado del entorno, Saker y Ospino volvieron a un indefinible silencio. Por un largo rato, la pareja que estaba sentada en el césped, sólo se limitó a contemplar el cielo en el horizonte.

—Borgeslatría— susurró de repente Ospino.

—¿Perdón? —preguntó Saker.

—Borgeslatría —repitió Ospino—. Si, según usted, yo he convertido a Borges en una suerte de dios, yo podría ser catalogado como alguien que ha caído en la Borgeslatría o adoración de Borges a la manera de una divinidad.

—Hasta cierto punto —acotó Saker—. Es cierto que por un lado usted cataloga a Borges como una suerte de dios, pero, por otro, le muestra un irrespeto profundo. Haber clonado al Borges número uno es una prueba de ese irrespeto del que le hablo. Si uno adora a un ser como si fuera dios, no suele maltratarlo de esa manera.

Tras otros instantes en que nadie dijo nada y el frío se apoderaba de modo más resuelto del ambiente, Saker retomó la palabra.

—Una pregunta Miguel ¿Qué sucederá con el Borges número dos cuando usted muera? Me explico. Por la edad suya y la del clon, usted arriba de los sesenta y él alrededor de los cuarenta y algo, lo más factible

es que usted muera antes que él ¿Ya ha pensado qué ocurrirá con el Georgie dos, una vez usted se haya muerto? ¿Tiene alguna disposición al respecto?

—Claro que sí —contestó Ospino con aire de alguien que ya ha estudiado profundamente el asunto—. Si yo muero, Georgie dos continuará viviendo hasta su muerte en esta hacienda. Ya le dije antes que hay otras personas asociadas conmigo en esta empresa, cualquiera de ellas asumirá la responsabilidad de velar por el clon en caso de que yo falte. Incluso, Antonio, he pensado también en la situación inversa, es decir, que Georgie dos muera mientras yo sigo vivo. También para esa alternativa existen disposiciones.

Aquella noche, cuando volvió a la casona en la que se hallaba hospedado, Saker cenó y se encerró en su dormitorio. Antes de retirarse, Ospino le entregó un ejemplar de otro libro del clon, pero el profesor sólo se lo llevó a su cuarto, lo puso en la mesa de noche junto a la cama y decidió que sólo lo leería a la mañana siguiente, que en ese instante deseaba reflexionar en otros asuntos. En pijama, en la cama y descalzo, Saker acomodó las manos bajo la nuca y trató de ordenar un tanto las hordas de pensamientos que lo invadían. ¿Por qué le parecía que, después de todo, al llevarlo hasta esa hacienda a conocer todos los hechos absurdos que había conocido en los últimos días, Ospino tenía una intención con él muy distinta a aquella que le había mencionado? ¿Qué buscaba realmente ese tipo? La entrevista con el clon de Borges lo había

dejado confundido. Saker daba como un hecho que, debido a sus condiciones de vida, el Borges número dos debía sentirse desdichado, pero no era así. Por el contrario. Al profesor le había desconcertado la calma con la cual el clon asumía las circunstancias que le rodeaban, en él no había podido advertir ningún signo de desesperación; en vez de eso, en el Borges número dos había tranquilidad. ¿Cómo decirlo? Saker había tenido la impresión de que incluso si le ordenaran al clon salir de la hacienda e instalarse libre en el mundo exterior, el clon se habría negado. En el Georgie dos había un sereno desencanto del mundo, la convicción de que el planeta afuera de esa hacienda no le podía ofrecer nada cualitativamente distinto a lo ya poseía allí. Ahora que meditaba en ello, Saker tenía la impresión de que el Borges número dos tan sólo estaba esperando la muerte, nada más. Para el clon de Borges —pensó Saker— todas las actividades de la vida sólo eran entretenciones o modos de matar el tiempo, mientras La Parca se acordaba de él y se lo llevaba. Pero entonces, se autorreplicó Saker, si el clon concebía su existencia de ese modo ¿por qué simplemente no se suicidaba y acababa con esa espera de una vez por todas?

Cavilando y cavilando, tras un cierto lapso, Saker percibió que, si lo veía bien, hacía tiempo él también se encontraba en las mismas circunstancias del clon. También él, hacía tiempo estaba cansado de ser profesor; también él estaba cansado hace mucho de sus

investigaciones acerca de Borges y otro puñado de escritores; también él, hacía mucho había perdido el interés en sus estudiantes; también él, había llegado a la conclusión de que Colombia era un país que no tenía arreglo, que el planeta Tierra era un lugar que no tenía arreglo, que la humanidad no tenía arreglo. Hacía mucho, rumió Saker, que él ejecutaba toda una serie de tareas cotidianas sin saber para qué diablos las hacía. Mucho tiempo ha, volvió a rumiar Saker, él sólo llevaba a cabo una serie de tareas para entretenerse mientras se moría, no había otra razón real. Entonces —discurrió Saker— ¿por qué no había acabado con todas esas labores tediosas de una vez por todas? ¿Por qué no se había suicidado? Miedo a Dios no era, simplemente porque durante su vida entera siempre le había parecido que lo más probable era que Dios no existiera. Es cierto que siempre había sido un sujeto temeroso ante el dolor y que por eso le invadía el pánico ante la perspectiva de cortarse las venas o de colgarse de una viga en el techo, pero, por otra parte ¿no era cierto también que hoy en día ya era posible el suicidio sin dolor apelando a una buena cantidad de somníferos, antidepresivos o algo así? Entonces ¿por qué no se suicidaba? La verdad era que no había ningún motivo racional para continuar existiendo, él —se dijo Saker— continuaba viviendo por pura costumbre, por inercia, nada más. Continuaba viviendo porque una oscura fuerza le impulsaba a hacerlo. Continuaba viviendo porque una inexplicable esperanza, aunque no sabía en qué o en quién,

continuaba latiendo en él. ¿Cómo decirlo? De algún modo Saker esperaba que alguna vez se le apareciera la Virgen, aun cuando él también era suficientemente sensato como para saber que la Virgen no se le aparece a casi nadie.

De todos modos —reflexionó— haber llegado hasta ese lugar sólo le había revuelto las certezas y las ideas aun más de lo que ya las tenía revueltas antes de llegar hasta allí. Volviendo al caso de Borges, Ospino y los demás, Saker se preguntó si valía la pena denunciar ese conjunto de estrambóticos sujetos alelados en su incalificable experimento, o si sencillamente debía ignorarlos y guardar silencio así como tantas veces lo hacemos ante seres que no tienen remedio. ¿Qué ocurriría si, una vez volviera a la universidad, se tomara el trabajo de denunciar ante el público general todo lo que había presenciado? A Saker no le cabía duda que Ospino ya tendría listo, tal como lo pregonaba, algún plan de acción. Quizá una vez el común de la gente se enterara del experimento y del clon y de todo el resto de la trama, y algunos se decidieran a viajar hasta la hacienda, allí no encontrarían nada. Conociendo a Ospino —reflexionó Saker— era muy plausible que ya hubiera fraguado algún plan para evacuar la hacienda en poco tiempo y no dejar ningún rastro a seguir por parte de nadie. Además —se preguntó— ¿cómo podía demostrar él, todo aquello de lo cual había sido testigo? No tenía ninguna fotografía o filmación del Borges número dos, no tenía ninguna copia de las

obras escritas por el clon ¿qué clase de pruebas podría aportar para apuntalar sus denuncias? Por otra parte —caviló— él no echaría en saco roto las indudables represalias que, de algún modo, Ospino y su logia podrían tomar en su contra. Esa era una posibilidad que no era tranquilizadora para nada.

De este modo, entre pensamientos y más pensamientos, el sueño se apoderó gradualmente de Saker. En algún momento entre las doce de la noche y la una de la madrugada, el profesor se hundió en la inconsciencia y tuvo varios sueños. En uno de ellos, el Borges original se paraba encorvado y apoyado en un bastón, a contemplar la cama donde Saker dormía como un infante. Borges —y éste detalle en medio del sueño poseía un inexplicable tinte siniestro— sonreía.

12

La mañana siguiente, Saker leyó de un tirón una rara novela titulada *Las oraciones de Benjamín*. Era ésta la historia de un hombre llamado Benjamín Klentze, quien desde su infancia y juventud se había criado en un ambiente de un incomparable fervor religioso. En su infancia y primera juventud, Benjamín rezaba mucho haciéndole a Dios todo tipo de peticiones personales; le pedía, por ejemplo, que le fuera bien en el colegio o que cierta niña de su curso que le gustaba mucho, comenzara a prestarle la atención que no le prestaba. De toda aquella época de oración, Benjamín había concluido que Dios era bastante caprichoso, que a veces atendía sus ruegos y le concedía alguna solicitud, pero que muchas otras, Dios hacía oídos sordos y no concedía nada de nada. En cierto momento de su vida de entonces, Benjamín había estado resuelto a ingresar a la vida religiosa, pero ciertos hechos que el Borges número dos narraba con gran sutileza, llevaban al protagonista de la novela a tomar otro camino. En concreto, Benjamin decidía que su vocación era la vida laical, pero que, a diferencia de la mayoría de laicos, él nunca se casaría ni contaría con el auxilio de una pareja. Al acercarse a la treintena de años y luego de algunos sucesos y lecturas que se le habían atravesado, Benjamín había llegado a la conclusión de que Dios sólo escucharía sus oraciones si nunca se referían a deseos personales y en vez de ello

se ocupaban de los grandes problemas de la humanidad. Por esa razón, en ese entonces las oraciones de Benjamín estaban ocupadas en suplicarle a Dios que acabara con las guerras del mundo, que liberara a ciertos países del planeta de reconocidos dictadores y criminales que detentaban el gobierno de aquellas comarcas, que desapareciera la pobreza que afligía a millones de personas en el globo, que la gente no se gastara su dinero en productos cosméticos innecesarios y en vez de eso lo utilizara en aliviar el dolor de los más oprimidos, que desaparecieran los terroristas y fundamentalistas religiosos de todos los países, que los animales de la totalidad del mundo no fueran torturados bajo ninguna modalidad, que ninguna persona se sintiera sola o abandonada, que los enfermos se curarán, que los reclusos en cárceles se reformaran, que los sistemas económicos injustos (¿todos?) desaparecieran de la faz de la Tierra. En su novela, el Borges número dos narraba con un detalle a veces exasperante, como por años y años Benjamín Klentze abogaba día y noche ante Dios por todas las causas referidas, más muchas otras que sería muy engorroso enumerar. A toda hora y en todo lugar, Benjamín era para Dios como un mosquito que no deja dormir a un sujeto con su continuo zumbido, él estaba convencido que su oración a favor del prójimo tarde o temprano sería escuchada y jamás se le pasaba por la cabeza que alguien omnipotente y todopoderoso como Dios, no pudiera escuchar sus solicitudes. No obstante, cierto día Benjamín percibía que su oración

sólo era una perdedera de tiempo ¿Cómo era eso de que él llevaba décadas pidiéndole a Dios que ya no hubiera más pobres y desvalidos y los pobres y desvalidos, no sólo no decrecían, sino que aumentaban? ¿Cómo era eso de que él llevaba décadas pidiéndole a Dios que ya no hubiera más guerras y conflictos armados, y las malditas guerras continuaban como si nada? ¿Cómo era eso de que entre más clamaba a Dios para que liberara a algunos países de reconocidos tiranos y asesinos, los tiranos y asesinos en acción continuaban frescos como lechugas? ¿Cómo era eso de que entre más le pedía a Dios para que la gente no malgastara el dinero en boberías cosméticas y de belleza, las cifras de esas industrias cada vez eran más boyantes? ¿Por qué no desaparecían los terroristas y fundamentalistas religiosos? ¿Por qué millones de animales seguían siendo torturados en todo el mundo? ¿Por qué aumentaba el número de quienes se sentían solos y abandonados? ¿Por qué los enfermos no se curaban y las cárceles parecían empeorar a los reclusos en vez de mejorarlos? ¿Por qué los sistemas económicos eran más importantes que las personas? Muy a su pesar, cuando ya andaba por los cuarenta y pico de años, Benjamín llegó a la conclusión de que, tocante a estos temas, Dios tampoco escucharía nunca sus oraciones. En este punto, el clon de Borges relataba como Benjamín jamás llegaba a plantearse la posibilidad de la inexistencia de Dios (algo que para otros sería la solución obvia). Para Benjamín, la existencia de Dios era una certeza a salvo de cualquier

posible discusión y por esa razón, él se planteaba el problema en otros términos: Si Dios existía, era omnipotente y había escuchado todas sus oraciones desde su nacimiento hasta la edad que entonces tenía ¿por qué se hacía el sordo y no le concedía sus solicitudes? Si Dios era todo misericordia ¿por qué no escuchaba todas sus peticiones para erradicar el sufrimiento y el dolor, tanto en los humanos como en todas las criaturas? En este punto de la historia, el protagonista arribaba a dos conclusiones: Una era que Dios sí existía; la otra, que ese mismo Dios — por alguna razón— había tomado la decisión de no concederle nada de lo que le pedía.

—Entonces — se decía a sí mismo Benjamín— ¿para qué sigo orando? ¿qué sentido tiene?

Durante el período siguiente a estas conclusiones, Benjamín se sumía en una honda confusión espiritual, dejaba de orar y en cambio se leía cuanto tratado teológico y filosófico se hubiera planteado aquel problema. Una tarde cualquiera, cuando estaba sentado en el escritorio de su estudio fatigándose ante algún espeso tratado sobre el tema, en cierto instante advertía que se había quedado sin un lápiz para subrayar algo y notaba también que el tarrito donde guardaba los lápices, estaba en una repisa en el otro extremo de la habitación. Aperezado ante la necesidad de levantarse desde donde estaba, caminar unos cuantos pasos y tomar el tarrito de lápices del lugar en donde

se hallaba, Benjamín exclamaba algo: “Ojalá viniera solo”. Entonces y de repente, ocurría algo absurdo. No habría transcurrido un segundo desde que Benjamín formulara en voz alta su infantil petición cuando —de manera por entero inentendible— el tarrito con los lápices se elevaba en el aire, permanecía un par de segundos flotando en esa posición y, finalmente, por sí solo atravesaba toda la habitación volando hasta posarse muy manso en el mismo escritorio donde Benjamín estaba sentado.

Benjamín, por supuesto, quedaba estupefacto. ¿En verdad el tarro de lápices había atravesado toda la habitación volando hasta ponerse al alcance de su mano en el escritorio donde se hallaba sentado? ¿Estaba cansado y por ello había alucinado el evento? Atemorizado por la posibilidad de estarse volviendo loco, el sujeto se levantaba de su silla, tomaba el tarro de lápices y —quién sabe por qué razón— volvía a depositarlo en la repisa donde originalmente se hallaba. Entonces, de nuevo ocurría lo absurdo. Un segundo después de haber depositado el tarro de lápices en el lugar original, éste volvía a hacer lo que ya había hecho la primera vez; en otras palabras, el objeto en cuestión volvía a levitar y así levitando atravesaba el cuarto e iba a posarse en el mismo punto donde se había posado la primera vez. Aterrorizado ante el hecho, Benjamín gritaba y escapaba corriendo del lugar. Tras un par de horas, ya más calmado, el protagonista de la novela regresaba al cuarto donde había ocurri-

do el evento fantástico, y encontraba que allí las cosas seguían exactamente igual a como las había dejado cuando salió huyendo. Con una sensación entre el pasmo y el temor, Benjamín tomaba entre sus manos el tarro de lápices y lo miraba por todos los lados como si con esa exploración pudiera encontrar alguna razón para el incomprensible evento que horas atrás había presenciado. En fin, el relato continuaba mostrando cómo la vida de Benjamín se trastornaba por el hecho y cómo un día, aturdido por lo que había visto, otra vez estando en su estudio Benjamín deseaba algo en voz alta:

—Ojalá se repitiera eso — clamaba refiriéndose al vuelo del tarro de lápices—.

Y, como es de suponerse, Benjamín asistía con asombro una vez más a un vuelo del objeto en cuestión. Poco a poco, Benjamín descubría con asombro que, por alguna razón, si sus deseos eran absurdos y banales, de algún modo siempre acababan cumpliéndose y que, en cambio, si sus deseos eran acerca de algo serio, nada ocurría. Así, por ejemplo, en el transcurso de la narración descubría que si sentía sed y añoraba un helado de chocolate, de repente un exquisito helado de chocolate se materializaba en su mano derecha; en cambio, si deseaba que cierto familiar enfermo se curara de su enfermedad, el enfermo no revelaba mejoría alguna. Por una serie de avatares que se sucedían en la historia, en cierto momento Benjamín llegaba a la

curiosa conclusión de que Dios estaba detrás de todos esos episodios triviales y fantásticos, y que mediante la ocurrencia de ellos quería demostrarle que Él estaba dispuesto a escuchar sus oraciones y cumplirlas, siempre y cuando trataran de hechos ilógicos y fútiles.

De esta manera y ya alrededor de los cincuenta años, Benjamín iniciaba una nueva etapa en sus oraciones. Cada noche, este hombre le pedía a Dios algo tonto o baladí, y en poco tiempo el deseo se hacía realidad. Así pues, en una ocasión antes de un partido de fútbol, Benjamín le pedía a Dios que triunfara cierto equipo por un marcador improbable de 7 a 0, y al día siguiente la victoria era del equipo deseado y por el marcador solicitado. En otra ocasión, durante un programa de televisión en vivo y en directo, Benjamín le pedía a Dios que la bella presentadora que allí aparecía sufriera una caída y que, como resultado le quedara un seno al descubierto, y a los pocos minutos la presentadora de marras sufría un tropiezo y, para su vergüenza, uno de sus pechitos quedaba al aire y expuesto a la codiciosa mirada de los espectadores. Otro día, Benjamín solicitaba al Creador que alguien le regalara un libro que él anhelaba leer, pero que no se conseguía en ninguna librería, y en pocas horas, enviado quién sabe de dónde, le llegaba a su casa un paquete de correo que al abrirlo mostraba el libro deseado. Cierta día, tras varios meses de conseguir todos los deseos caprichosos e inútiles que se le ocurrían, Benjamín se molestaba con Dios. ¿Por qué el

Todopoderoso se burlaba de él de esa manera? ¿Por qué no respondía a sus solicitudes serias que buscaban aliviar el dolor del prójimo o auxiliar a los más débiles en el mundo, y en cambio respondía de inmediato si sus oraciones se referían a antojos estúpidos? ¿Qué clase de lógica había en todos los eventos disparatados que hacía un tiempo venían sucediéndole? ¿Quería Dios demostrarle que Él sí existía, pero que era un payaso? ¿Quería demostrarle que sus oraciones sólo serían atendidas si no se refería en ellas a temas serios? ¿Acaso Dios quería decirle que las oraciones que Benjamín creía “serias”, en realidad no lo eran y que, en contraste, aquello que a él le parecía anodino, sí era digno de ser considerado por Dios? ¿Quería Dios mostrarle que sólo Él sabe lo que en verdad es importante para la vida de un hombre, mientras que un hombre no tiene la menor idea?

Con el paso del tiempo, Benjamín llegaba a la convicción de que, aunque a primera vista sus banales oraciones atendidas parecieran un mal chiste, en realidad eran algo así como un koán zen; es decir, no tenían valor en sí mismas, sino que eran un pretexto o medio que empleaba Dios para conducirlo a la iluminación. El problema era entonces, descubrir el significado de un Dios que sólo atendía las peticiones insignificantes a ojos de un humano ¿eso qué quería decir? ¿Significaba —como en algún momento propone alguna carta de San Pablo— que los seres humanos no sabemos orar ni pedirle cosas a Dios? ¿Significaba que

nunca ningún razonamiento humano está en capacidad de percibir qué es lo verdaderamente bueno y qué es lo verdaderamente inconveniente para el propio crecimiento espiritual? ¿Significaba —como también dejan claro las escrituras— que Dios siempre sería un escándalo para la razón humana? A Benjamín todas estas posibilidades le parecían a la vez tanto plausibles como insuficientes; tenía la sensación de que su respuesta era a la vez tanto correcta como equivocada. De nuevo, como había sucedido varios años atrás, Benjamín se enfrascaba en todo tipo de lecturas que le ayudaran a dilucidar los abstrusos hechos que le estaban acaeciendo. Asimismo, consultaba a algunas personas doctas en el tema, pero lo cierto es que después de tanta consulta y tanta preguntadera, no sacaba nada en limpio. Al fin, cuando ya andaba por los sesenta años de edad, Benjamín tomaba la histórica decisión de no rezar nunca más, de nunca más suplicarle algo a Dios. Durante sus últimos años de vida, él, que casi toda su vida había orado, jamás volvió a pretender que Dios le hiciera caso en nada. De este modo, la vida de Benjamín se hundió en un total mutismo, en un terrible silencio. Al final de sus días, a Benjamín Klentze le daba lo mismo cualquier cosa que le sucediera, ya para él nada podía ser calificado como “bueno” o como “malo”, como “útil” o “inútil”. Dios —y eso Benjamín nunca logró entenderlo— había conseguido que él se quedara callado para siempre, que nunca más pronunciara alguna palabra.

La novela finalizaba cuando Benjamín fallecía y llegaba al Más Allá. En ese sitio que ya no era un sitio y en ese tiempo que ya no era un tiempo, de improviso Benjamín se encontraba frente a frente con Dios. Allí, sin mediar palabra, Dios le hacía entender a Benjamín que todas sus oraciones en vida, tanto las que imploraban por asuntos personales, como aquellas en que pedía por el prójimo, o las absurdas de su última etapa, todas habían sido un pecado. Dios le hacía entender también que el silencio resentido en que Benjamín había caído en los años inmediatamente anteriores a su muerte, también había sido un pecado. De súbito, Benjamín comprendía todo y abrazaba a Dios muy fuerte. Allí culminaba la historia.

Tan pronto dobló la última hoja, Saker se quedó sin palabras. La obra era absorbente, narrada en una prosa limpia y sin fisuras, apenas se abría la primera página arrebatava al lector de un modo que ya era imposible abandonarla si no era en el punto final. El personaje de Klentze era extraño, ingenuo y atrayente, y el clon de Borges revelaba una minuciosidad extraordinaria para analizar la corriente de conciencia de este ser. Apartando el libro, Saker miró su reloj: Ya eran más de las tres de la tarde, y nadie había venido para llevarle al comedor a almorzar. Así pues, de modo moroso el profesor se bañó, se afeitó, se vistió, y por sí solo fue hasta el comedor. Una vez había comido —solo, pues nadie más estaba por allí— Saker se puso una cachucha sobre la calva y aprovechando

que el día era cálido y soleado, salió a dar un paseo a pie. Habría caminado unos veinte minutos cuando en un montículo de hierba, advirtió sentado a un personaje conocido: Era el clon. En un instante Saker llegó hasta el mismo lugar y se sentó junto a él.

—¿Meditando? —preguntó el profesor.

—En realidad no —contestó el Borges número dos en ese tono de voz entre resignado y sereno que ya Saker le conocía—. Simplemente observaba el paisaje. No pensaba en nada.

Por un momento, Saker también observó el césped, algunos árboles y el cielo azulísimo. Se dejaba sentir un viento frío, pero refrescante.

—Acabo de leer *Las oraciones de Benjamín*.

—¿Sí? —fue toda la respuesta del clon.

—Sí. Como todos sus libros es un texto enigmático, admirable y difícil de analizar. Bueno —agregó Saker—, no sólo como todos sus libros, sino como toda su vida.

El clon guardó silencio y siguió observando el paisaje. Saker se sintió incómodo.

—Discúlpeme ¿deseaba estar solo? ¿lo estoy importunando?

El clon volvió la mirada a Saker.

—No —contestó—. No me está importunando. De hecho, podría asegurarle que nada me importa ya demasiado tiempo. Hay una sentencia de una

filósofa llamada María Zambrano según la cual “un filósofo es alguien que nunca se queja”. Pues bien, creo que si la condición para tornarse filósofo es la de no quejarse nunca y bajo ninguna circunstancia, entonces yo ya la alcancé hace bastante tiempo.

Saker suspiró aliviado.

— En *Las oraciones de Benjamín* sólo hay dos personajes, Klentze y Dios. Todo gira acerca de la incomprendible y compleja relación entre estos dos seres mediante ese hecho tan problemático que es la oración. Al terminar la narración no pude dejar de preguntarme si usted reza.

— No —respondió el clon—. No rezo.

— ¿Le gustaría hacerlo?

— A veces creo que lo he hecho —contestó el Borges número dos con un timbre de voz cansado—, pero en general no suelo hacerlo. Creo que si Dios existe y es omnisapiente, antes de que yo piense algo, Él ya lo ha previsto. Entonces ¿para qué rezar?

— Bueno —comenzó Saker— hay estudios según los cuales, orar probablemente no nos comunique con ningún dios, pero al menos cumple la función de tranquilizarnos. Orar sería algo así como un método de autosugestión, un modo de autosuministrarse un placebo, una suerte de autoadministración de un tranquilizante, una sesión de autoterapia.

— Puede ser —replicó el clon rascándose la cabeza—. No obstante, podría ser visto de otro modo. Creo que si oramos y le pedimos algo a Dios, de-

mostramos que en nuestro interior no se ha alcanzado el perfecto silencio, la total quietud. En ese caso, una oración de petición demostraría un espíritu que aún es pueril, que todavía no está maduro. Probablemente, si Dios existe, no considera las oraciones de petición por cuanto ellas demuestran que quien las hace, aún es un niño así tenga cincuenta años. Si Dios existe, probablemente le guste que los seres humanos alcancen el total silencio y nada le pidan, eso le indicaría que esos seres humanos ya han sobrepasado la infancia. Contemplado del modo que le explico —Antonio— lo ideal sería guardar total silencio ante Dios, no decirle o solicitarle nada. Creo que ese estado de total silencio espiritual es lo que algunos cristianos consideran el estadio más alto de la oración, el momento en que uno deja de importarse a sí mismo y ya da igual ser bien tratado o mal tratado, el momento en que da igual ganarse la lotería o que a uno le corten la cabeza. Creo que si Dios existe, lo único que podemos hacer los humanos es callar.

— Como parece hacerlo usted —repuso Saker.

— Puede ser. Pero tenga en cuenta, Antonio, que de ninguna manera yo soy un ejemplo o paradigma a seguir para ningún otro ser humano. Soy alguien que por años y décadas se ha entrenado para no desear. No extraño ni el mundo, ni la fama, ni el poder, ni el sexo, ni el dinero, ni la libertad, ni el amor de otros. Soy un ser que desde hace mucho, nada espera.

— Pero —preguntó Saker confuso —¿entonces para qué sigue vivo?

— Precisamente por eso, porque nada espero. Da lo mismo estar vivo que morir. Si me suicidara —que esa parece ser su pregunta— con ese acto de suicidarme yo estaría revelando que aún deseo algo: La muerte. Pero si usted ya ha extinguido todo deseo de su alma, ya ni siquiera la muerte desea. Ya le digo, llegado a cierto estadio de total silencio en el corazón, uno deja de importarse a sí mismo.

Por un largo rato, Saker y el Borges número dos siguieron contemplando el paisaje. Ninguno de los dos pensaba. Ya se advertía el ocaso cuando Saker volvió a hablar.

—¿Cómo fueron su infancia y juventud? Es decir, ya sé que transcurrieron lejos de aquí, en otros lugares; a lo que me refiero es a qué clase de recuerdos tiene. Por ejemplo, ¿Ospino siempre estuvo con usted?

—Sí, lo veía a menudo, a él y otras personas. Desde que tengo memoria vivía en una mansión rodeado de varios sirvientes, una ama de llaves y un tutor personal. En ese entonces extrañaba que no hubiera otros niños a mi alrededor, y muy rápido aprendí que el único lugar donde realmente era feliz, era en la inmensa biblioteca de la casa donde vivía. Tan pronto aprendí a leer —que fue a una edad muy temprana— casi todo el tiempo lo pasaba leyendo, de hecho, el resto del tiempo que no leía, de algún modo lo percibía como un desperdicio; soñaba con dedicarme a leer las veinticuatro horas del día y no tener que almorzar, bañarme o escuchar las lecciones del tu-

tor. En ese entonces yo era muy ingenuo y llamaba “papá” a Miguel Ospino, luego aprendí que no lo era. Asimismo, en esa época desconocía al primer Jorge Luis Borges. Un día, hacia los doce o trece años de edad, el tutor —un individuo de ademanes recios y rostro duro que se llamaba Luis Bertotti— me sacó del paraíso donde hasta entonces vivía. Una vez me reuní con él en el salón donde acostumbraba tomar sus lecciones, me mostró una foto mía que yo nunca recordaba haberme tomado. Era mi mismo rostro y mi mismo cuerpo, pero sentado y usando unos pantalones cortos, un lazo y unos botines que yo nunca recordaba haberme puesto. Perplejo, se la devolví y le dije la verdad: Que no podía recordar en qué instante me había vestido con aquellas curiosas prendas, pero que sin duda era yo. Esforzándome por comprender aquello, aventuré la hipótesis de que el retrato pudiera ser un fotomontaje o algún truco de composición fotográfica. Entonces Bertotti me dijo que él era Jorge Luis Borges más o menos a la edad que yo tenía en ese mismo momento. De nuevo no le comprendí, pues Jorge Luis Borges era yo, y entonces fue cuando él dijo aquello: “Tú eres el segundo”. En medio de mi confusión, Bertotti me explico —hasta donde se le puede explicar la clonación a alguien de doce o trece años— que alguien con el mismo cuerpo y rostro que yo, ya había existido entre 1899 y 1986 y que yo era “una copia” de esa persona. Ese mismo día, el tutor me mostró otras fotos del Borges número uno en su infancia y adolescencia y quedé estupefacto, el tipo era

idéntico a mí. La sensación era indescriptible: Alguien con cuerpo y rostro iguales al mío, aparecía retratado en unos trajes antiguos en lugares donde yo nunca había estado y junto a personas que yo desconocía. Uno sentía como si estuviera reflejado en un espejo maligno, como si a uno le hubieran robado el cuerpo y el rostro, y uno no lo hubiera percibido. Tras varias horas de observar láminas y fotografías, me sentía horriblemente confundido, pero sin importar mi estado Bertotti me soltó otra andanada angustiante de información. De una vez me contó que yo había sido creado a partir de células de ese hombre que había visto en las fotos y que, de un modo heterodoxo, ese hombre, y no Ospino, era mi padre. Durante los días siguientes y de un tirón, Bertotti me explicó quién había sido Borges y cuál era su importancia para la humanidad. Asimismo, contestó todas las dudas que tenía acerca de él ¿Qué más puedo decirle? Durante uno o dos años estuve en tratamiento psicológico de manos de un par de especialistas que Ospino y otros individuos contrataron para atenderme. El par de psicoterapeutas me ayudaron a superar un delirio en el cual me sumí, tan pronto me enteré de que yo era la segunda versión de un original ¿Cómo se lo explico si usted no es un clon? Por aquella época sentía la irrefutable convicción de que estaba viviendo en un cuerpo y con un rostro prestados, que mi cuerpo y mi rostro verdaderos eran distintos. Sentía que yo no tenía un rostro y un cuerpo que me pertenecieran, que yo no era ese cuerpo y ese rostro que se refleja-

ban en los espejos. Experimentaba como si yo fuera un invasor de mi propio cuerpo, una plaga dentro de mí mismo. Con el paso del tiempo, empero, el par de especialistas que le señalo me ayudaron a entender mi condición. No obstante, esa sensación de la cual le hablo no es algo que yo haya superado; todavía hoy, cada vez que contemplo una foto o un video del Borges número uno, siento como si fuera testigo de un acto de brujería, siento que de algún modo es el Borges original quien ha plagiado mi apariencia y no al revés; siento que ese Borges que murió en 1986 es el auténtico clon pues, en términos de mi vida, yo a él lo conocí en segundo lugar y siempre yo me sentí el original. Por eso, contra toda lógica, a ratos me parece que él fuera el Borges número dos y yo el Borges número uno, no al revés. A ratos también me percibo como una especie de monstruo en conjunción con el otro Borges, esto porque él y yo somos dos almas con el mismo cuerpo y no como debe ser: dos almas con dos cuerpos. Me ocurre también que en ocasiones me asalta la sensación de que el otro Borges y yo somos dos hermanos siameses, aun cuando yo tengo la desdicha de saberlo y en cambio él tuvo la fortuna de morir desconociendo su peculiar situación.

El clon guardó silencio, se notaba aturdido. Saker, como ya era habitual en esa hacienda inextricable, también se veía desconcertado.

—Eso precisamente es lo que me parece más inmoral de este experimento de Ospino y sus secuaces —co-

menzó Saker con voz indignada—. Un ser humano nunca puede tratarse como material de laboratorio y usted ha sido tratado así por Ospino y esos otros que le auxiliaron en este asunto ¡Es un milagro que usted no haya acabado esquizofrénico o sumido en alguna de tantas psicosis! ¡Ospino y sus cómplices no tenían derecho a hacer lo que hicieron con usted! Perdone que se lo diga de un modo crudo, pero Ospino lo ha tratado a usted, y aún lo sigue tratando, como rata de laboratorio, sólo eso, como un conejillo de indias con ojos de Borges.

El clon no replicó al encendido alegato de Saker. Lo miró por un segundo a los ojos y luego volvió a observar en silencio el paisaje que tenían frente a ellos. Saker experimentaba rabia contra Ospino y sus socios; el hombre que estaba sentado allí a su lado sólo era una víctima, el auténtico damnificado de la obsesión de Ospino. Ya se había hecho de noche, cuando el profesor volvió a hablar.

—Jorge— empezó Saker dubitativo— ya veo que usted sólo quiere contemplar el paisaje y nada más, pero le ruego el favor me permita una pregunta.

—Hágala — contestó el Borges número dos (¿o número uno?).

—Ayer, cuando conversamos, se me olvidó preguntarle algo que cuando lo leí me asustó. En ese libro llamado *Nueve cuartos*...¿cuándo lo escribió?

—Fue el primero que escribí. Tenía veinte años.

—¿Cuántos tiene ahora?

—Treinta y tres.

Aquí Saker puso cara de no entender.

—¿Cómo treinta y tres? ¡Su rostro!...

El Borges número dos resopló.

—Trataré de explicarle. Hay varios efectos de mi condición, que quienes la propiciaron no pudieron prever. Por alguna razón, mi cuerpo envejece más rápido de lo normal. Por eso, aunque tengo treinta y tres años, mi apariencia es la de un hombre diez o quince años mayor de esa edad. Mi piel es más proclive a arrugarse y mancharse, y el médico ha encontrado también que sufro de dolores musculares que son característicos de etapas más avanzadas de la vida. Además de eso, parece que mi sistema inmune es más frágil de lo normal, me resfrío a menudo y en un par de ocasiones esos resfriados han derivado en complicaciones más graves del sistema respiratorio que hicieron necesario traer especialistas para que me atendieran.

Saker estuvo en silencio un momento. Luego reinició.

—No tenía idea de su situación Jorge ¡Discúlpeme!

—No se angustie Antonio, al fin y al cabo usted ignora muchas cosas—contestó el clon en tono indulgente—. De hecho, puedo predecir lo que me va a preguntar.

—¿Está seguro? —interrogó Saker con un mohín intrigado en el rostro.

—¡Claro! —replicó el Borges número dos—. Usted quería preguntarme algo acerca de *Nueve cuartos*, el libro que escribí hace trece años y donde en el relato titulado *Cuarto cuatro*, el primer Jorge Luis Borges imagina que es un personaje de un cuento que en ese mismo instante está leyendo un profesor colombiano especializado en su obra llamado Antonio Saker, que a su vez se encuentra sentado en la sala de una hacienda ubicada en Villa de Leyva ... ¿Cierto que era eso lo que deseaba preguntarme?

—Sí. ¿Eso es real?...Es decir ¿no es una broma que me jugó Ospino?

—De ningún modo —contestó el Borges número dos con apariencia de estar repitiendo algo por enésima oportunidad—. Es algo que ya me ha ocurrido dos o tres veces en la vida y no sé cómo explicarlo. Una vez, cuando aún era adolescente, soñé que Bertotti, el tutor del cual le hablé, moría ahogado y por alguna causa lo escribí en un diario. Como a los dos meses de escribirlo, justo cuando esperábamos que Bertotti volviera de unas vacaciones que se le habían concedido, en vez de él llegó la noticia de que se había ahogado mientras se desplazaba en una lancha por el Océano Atlántico. En otra oportunidad, escribí un cuento sobre un hombre chino que moría en esta hacienda, y unos cuantos meses después, en los confines de esta hacienda, un trabajador halló el cadáver de un ciudadano de origen chino. La policía vino en aquella ocasión a investigar el hecho, pero al final parece que nada quedó claro. Las indagacio-

nes fueron inútiles y nunca se supo quién era el individuo, qué andaba haciendo por estos lares o quién había sido el homicida. Es la razón por la cual no me asombré tanto cuando usted llegó a esta casona, hace trece años había visto que usted aparecería...

—¿Y qué más vio sobre mí?— interrogó Saker.

—Solo vi eso —contestó el clon.

Saker guardó silencio. No comprendía bien lo que ocurría, pero sintió miedo.

—No me negará que esas tres predicciones no lo extrañan —observó Saker.

—Claro que sí —replicó el Borges número dos.

—¿Y en verdad no se le ocurre cuál pudiera ser la explicación? —porfió el profesor.

—Claro que sí —repitió el clon—. Creo que alguien o algo se está burlando de mí. Alguien o algo se burla de mí hace mucho tiempo, y éstas son sólo otras de sus sofisticadas e insensatas bromas.

—¿Por qué afirma eso?

—Porque yo soy el resultado de una burla a la naturaleza y desde el primer día de mi existencia, todo este universo se ha burlado de mí. Las predicciones exitosas sólo son una broma más que se añade a la mayor de todas las bromas que es mi existencia. Conmigo han jugado todos: Ospino, sus socios, los trabajadores de Ospino, la ciencia... No me extrañaría que Dios sólo fuera un ser sobrehumano que también se dedica a mofarse de mí. En todo caso, si Dios existe

se está burlando de mí en tanto, siendo capaz de impedirlo, ha permitido que yo alcanzara la existencia.

13

Los días siguientes, desde el miércoles hasta el domingo, Saker se dedicó a leer sin afán, pero con curiosidad, todas las obras del clon que se le cruzaron por el camino. Culminó *Nueve cuartos*, y aunque sin duda la obra era alucinante, ya leída toda, también le dio la impresión de que por momentos era grotesca y hasta repugnante. No lo podía expresar con claridad, pero había instantes en que el lector experimentaba que la maestría en el manejo del lenguaje estaba combinada con algo mórbido, nocivo. Entre las obras que leyó, le sobrecogió de modo especial un melancólico libro llamado *El desierto*, una suerte de crónica acerca de un monje que a fines del siglo XIX vivía como ermitaño en una humilde cabaña situada en una región despoblada colindante con el Desierto del Sahara. El texto se iniciaba describiendo la vida de este ermitaño cristiano cuya vida se dedicaba por entero a la oración y al ayuno, y que casi nunca tenía contacto con ningún ser humano. En el capítulo dos, se narraba como el ermitaño un día recibía la inusual visita de un extraterrestre de horrible aspecto, a quien el ermitaño tomaba por un demonio. Después de una larga conversación, el cenobita caía en cuenta de su error y percibía que el grotesco ser con quien hablaba no era un ser demoníaco o sobrenatural, sino tan sólo un soldado de una raza extraplanetaria proveniente de una galaxia a una distancia infinita de la Tierra. Poco

a poco, el extraterrestre tomaba la costumbre de visitar al ermitaño y charlar con él, y de esta manera, el santo cristiano descubría que el alienígena sólo era una suerte de explorador que había venido al planeta Tierra a acopiar las primeras informaciones para una invasión extraterrestre en gran escala que ya estaba decidida. De este modo, en cierto momento el inocente anacoreta acababa siendo el único ser humano que conocía de antemano cuándo y en qué forma una armada proveniente de otra galaxia, invadiría la Tierra y la arrasaría sin misericordia. En cierto instante, experimentando solidaridad con la especie humana, el monje se preguntaba si lo correcto no sería abandonar su aislamiento y correr a dar aviso a la ciudad más cercana de que el fin de la civilización humana estaba a la vuelta de la esquina. No obstante, un instante después, el monje pensaba también que incluso si se afanaba y corría a avisarle a sus congéneres humanos que su fin era inminente, nada conseguiría con ello ¿La razón? En ese momento de la historia humana —fines del siglo XIX— nadie le creería que una conquista extraterrestre a escala mundial estaba a punto de comenzar. Además, tampoco el monje contaba con pruebas acerca de su vaticinio. Así pues, en la siguiente ocasión en que el soldado extraterrestre visitaba al ermitaño, éste le revelaba que había estado a punto de correr al villorrio humano más próximo para alertar acerca de la invasión, pero que en últimas había reflexionado que si la desaparición de la especie humana a manos de los asaltantes cósmicos,

era la voluntad de Dios, lo único que podía hacerse era aceptarlo y ya. Un día, de repente, cuando ya el ermitaño se estaba acostumbrando a las visitas del alienígena, éste desaparecía. Asimismo, el anacoreta notaba que en los siguientes años, a menudo el cielo se nublaba y se escuchaban unas explosiones pavorosas como si los cimientos del planeta se estuvieran tambaleando. De este modo, como diez años después de su abrupta desaparición, un día el soldado extraterrestre conocido por el monje, otra vez se asomaba a la puerta de la cabaña. Como si nada hubiera pasado, el monje le invitaba a pasar y le ofrecía lo único que tenía: un vaso de agua. Tras varias horas de conversación, de improviso el monje preguntaba si la especie humana aún existía y entonces el extraterrestre contestaba que no, que en esos diez años de guerra se había exterminado hasta al último humano.

—¿Y yo? —preguntaba el ermitaño.

—Tú eres el último humano de este planeta —anunciaba el soldado—. Sobre este planeta no queda nadie más sino tú.

—¿Y tú me vas a asesinar entonces? —preguntaba esperanzado el monje.

—No —contestaba el soldado—. Yo parto mañana con el ejército después de haber arrasado tu planeta. Cuando nos marchemos dentro de veinticuatro horas terrestres, este planeta quedará para ti solo.

La historia concluía cuando al día siguiente el monje observaba unas inmensas naves extraterrestres ele-

vándose en el espacio y dejándole solo en el planeta. Una vez la estela de la última nave se había perdido en el firmamento, el monje regresaba a su cabaña, abría su libro de oraciones y pensaba que la vanidad había entrado en su corazón por el hecho de que Dios lo había escogido para ser el último humano que hollara con su pie al planeta Tierra. En ese momento, el monje pensaba también que la verdadera prueba apenas había comenzado.

Concluida la lectura de *El desierto*, y aun sabiendo que el Borges número dos no parecía estar de ánimo para hablar acerca de nada, Saker no pudo resistir la tentación de preguntarle acerca del libro, pero el clon apenas le dijo que si se comprendía bien ese relato, se vería que todo ser humano es el último hombre abandonado por Dios en este solitario planeta. Nada más.

Después de esta brevísima charla, Saker tuvo la sensación de que el clon sólo deseaba guardar silencio y no hablar más, razón por la cual sólo se dedicó a leer otras de sus obras, obras que sólo podrían calificarse de inverosímiles, de brutalmente fantásticas. En todos esos cuentos y novelas —nunca poemas—, a Saker le impresionó sobre todo, el hondísimo nihilismo, la acusada desesperanza. Ante esas páginas, de nuevo el profesor volvió a sentir que estaba ante un clásico de las letras y de nuevo se quedó boquiabierto, sin saber qué hacer o qué decir. Durante esos días, también tuvo la oportunidad de almorzar con

Ospino; entre otras cosas éste, una vez más, le manifestó que el domingo en la noche podría abandonar la hacienda y que dejaba a su libre albedrío la decisión de hacer público al mundo lo que había contemplado en esos días, o simplemente guardar silencio.

— Si opta por la segunda alternativa —declaró el magnate con una mueca en el rostro que a Saker le pareció incomprensible—, podrá ser testigo de muchos más hechos asombrosos e impensables. Le aseguro, profesor, que hasta ahora sólo ha visto la punta del iceberg.

Así, en medio de la confusión por todo lo que había visto, de la compasión que había comenzado a invadirle con respecto al clon y del dilema en el cual le había puesto Ospino, arribó la noche del domingo. Eran como las seis de la tarde y Saker empacaba su maleta cuando notó un gran vocerío en el corredor. Asustado, Saker salió a la puerta de su dormitorio y allí uno de los trabajadores le explicó a las carreras que el clon había sufrido un desmayo mientras se encontraba en uno de sus paseos al aire libre. Con ganas de ayudar aunque sin saber en qué, Saker corrió hasta la entrada de la casona justo a tiempo para ver como varias personas con rostros azorados y entre las cuales estaban Valero y Ospino, cargaban el cuerpo exánime de Borges y lo llevaban hasta su cuarto. En los fugaces segundos en que pudo contemplarlo, Saker advirtió que el clon estaba desmayado y que respiraba con gran dificultad. Tan pronto Borges fue dejado en su

dormitorio, el profesor advirtió también que Ospino apenas si salió de la habitación un par de veces a hacer un par de llamadas por un celular. Tal vez habrían transcurrido diez minutos cuando Saker, a quien nadie prestaba atención y que se hallaba sentado y a la expectativa en la entrada de la casona, pudo observar como el médico que ya había visto atendiendo al clon días atrás, llegaba a la hacienda acompañado de otras tres personas. Por lo que pudo averiguar con algún trabajador del lugar, Ospino había ordenado que varios médicos vinieran hasta la casona pues cierta complicación hacía imposible mover al clon de modo inmediato hasta alguna clínica. Cuando el auto que debía llevarlo hasta Bogotá, llegó, Saker lo despidió de cualquier forma y optó por quedarse en el lugar, pues intuía que algo grave estaba por ocurrir. Y así fue. Hacia medianoche, luego de ires y venires de innumerables personas, de cualquier cantidad de carreras y semblantes angustiados en médicos, trabajadores, varios desconocidos que de repente habían aparecido en la hacienda y el mismo Ospino, de repente un gran silencio cayó. Mientras se acercaba a la puerta de la habitación del clon, procurando alguna información en medio del desconcierto, alguien que salió del dormitorio puso al corriente a Saker.

— Murió —fue todo lo que dijo.

Al día siguiente Saker pudo hablar con varios trabajadores pues, por alguna razón, Ospino parecía haber desaparecido. Concatenando las diversas versiones que escuchó de diferentes fuentes, el profesor más o menos reconstruyó lo que había ocurrido la noche anterior. Al parecer, el clon se había quejado en los últimos dos días de recurrentes dolores de cabeza y como a las cinco de la tarde había salido, como era su costumbre, a caminar un rato. Como a las seis de la tarde, uno de los trabajadores había descubierto su cuerpo desmayado y había dado la voz de alerta. Una vez el Borges número dos fue llevado a su habitación y llegaron los médicos que le atendían, se descubrió que había sufrido un aneurisma cerebral. A pesar de que los galenos se esforzaron al límite e hicieron cuanto estaba en sus manos por salvar al paciente, como a la medianoche ya había muerto. Durante la noche, supo Saker, el cuerpo del clon había sido llevado a una casa en los límites de la hacienda donde le había sido practicada una autopsia y en la tarde de aquel día sería enterrado en un lugar que él mismo, previendo su posible deceso, ya había elegido tiempo atrás. Tras el almuerzo, de improvviso Ospino reapareció y por un segundo habló con Saker.

—Quédese a las exequias —fue todo lo que le dijo. Como a las tres de la tarde todo el mundo se encontraba en la gigantesca sala principal de la casona,

incluidos varios sujetos desconocidos que evidentemente no trabajaban en la hacienda y que de modo constante estuvieron conversando con Ospino. El cuerpo del clon fue traído en un féretro negro y depositado por un par de horas en el centro del recinto. Saker, igual que todo el mundo, se aproximó un momento al ataúd y pudo observar el rostro del clon que ahora parecía imperturbable. Como a las cinco y cuarto de la tarde, Ospino dio una orden y varias personas cargaron el catafalco hasta una camioneta. El resto de la comitiva, incluido Saker, abordó otros autos especialmente traídos para la ocasión. Una vez llegaron al lugar del entierro ya todo estaba dispuesto, ya algunos empleados habían cavado un hoyo y el cuerpo del clon fue bajado como es usual en estos casos. Tan pronto la última palada de tierra cubrió la tumba, de nuevo los asistentes abordaron los autos y volvieron a la hacienda. A Saker le llamó la atención el tremendo silencio en medio del cual había sucedido el entierro. Ni cuando llevaban el féretro a su destino final, ni cuando lo estaban enterrando, ni cuando retornaban a la casona, alguien había musitado una sola palabra. Saker observó sobre todo a Ospino quien, como la mayoría de los concurrentes, estaba totalmente vestido de negro ¿Cómo decirlo? El rostro del sujeto no parecía estar compungido sino contrariado, se diría que hasta molesto. Si a Saker lo hubieran apurado un poco, hasta se habría animado a decir que Ospino tenía la misma apariencia de un niño con una pataleta. Nada más ni nada menos.

Ya eran casi las siete de la noche cuando Saker, apartándose de la multitud que se dispersó por los diferentes aposentos de la casona, se recluyó en su dormitorio. Una vez allí, se recostó en la cama a pensar un rato. ¿Qué era todo eso que había presenciado en los últimos días? ¿Cómo afectaba la muerte del Borges número dos los inextricables planes de Ospino y sus asociados? ¿Qué iba a ser de la obra, sin duda maravillosa y misteriosa, del clon? ¿En verdad Ospino deseaba que esos cuentos, novelas y ensayos jamás fueran conocidos por nadie? ¿Era justo que esas obras fabulosas se quedaran para siempre entre los anaqueles de la biblioteca de la hacienda sin que nunca fueran leídas por la humanidad? ¿Qué debía hacer él? ¿Una vez se marchara del lugar, debía denunciar el experimento insano del cual él había sido testigo? ¿Debía más bien callarse la boca para siempre, jamás comentar lo que había presenciado y de allí en adelante evitar en cualquier momento cualquier contacto posible con Ospino y aquellos que le rodeaban? Saker tenía la impresión de que en los últimos días había presenciado el desenlace de un drama terrible, que sin embargo distaba mucho de poder comprender. Desconcertado, pensaba y pensaba cuando oyó un “toc toc” en la puerta.

— ¿Quién es? —preguntó.

— ¿Señor Saker? —reconoció la voz de Valero del otro lado de la puerta.

Sin mucha convicción, el profesor se incorporó, se dirigió hasta la puerta y la abrió. Allí, frente a él, estaba el esperado Valero.

— Dígame —exclamó Saker.

— Todas las personas están reunidas en la sala principal y el señor Ospino me pidió que también lo llamara. ¿Quiere venir, por favor?

— ¿Reunidas? —interrogó Saker confuso.

— Sí, reunidas —repitió Valero —¿quiere venir, por favor?

Sin comprender nada del asunto, pero sin ánimo de hacerse de rogar, Saker cerró la puerta con llave y se dirigió al lugar que le pedían. Una vez entró a la sala, pudo ver que en el centro de ella, rodeado de un gran número de concurrentes, estaba sentado alguien físicamente idéntico al Jorge Luis Borges que había muerto. Antes de que Ospino se fijara en él, le hiciera una seña de acercarse y lo presentara, Saker ya sabía que estaba frente al Jorge Luis Borges número tres.

Bogotá, Agosto de 2009.

Contenido

1	7
2	13
3	15
4	23
5	27
6	33
7	37
8	41
9	45
10	65
11	83
12	101
13	123
14	129

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 10 días del mes de febrero de 2023, el mismo día de 1859 en que nace Guillermo Trujillo Durán.